

Año III

Núm. 9

Ateneoa

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

008(83)(05)

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



SUMARIO: Dr. Alejandro Lipschütz: *La au-*

torregulación orgánica □ Ricardo Donoso: *La leyenda*

de las joyas de la Reina Isabel □ González Vera: *Aliste,*

el Sepulturero □ Eduardo Solar Correa: *La reforma*

del programa de Castellano □ Joaquín Cifuentes Sepúlveda:

Campanero Inverosímil □ ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS: *Uni-*

versidad de Concepción □ *Inauguración de la cátedra de Fisiología*

del Prof. Alejandro Lipschütz □ *Hombres, ideas y*

libros: Marcelle Auclair: *Letras francesas* □ María

Monvel: *Bernard Shaw y los Médicos* □ Justina Olate:

La Orientación Profesional □ C. Rodríguez Mendo-

za: *A propósito de «Bizarrias de Antaño»* □ VISTOS

DESDE AFUERA □ NOTICIARIO □ EX-LIBRIS

GLOSARIO DE REVISTAS □ □ □ □ □ □

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ Novbre. 30 de 1926

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario). Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO III

NOVIEMBRE 30 DE 1926

NÚM. 9

008 (83) (05)

Dr. Alejandro Lipschütz

La autorregulación orgánica

I

LA Fisiología ha adquirido en los últimos años una posición reconocida y muy alta en la enseñanza médica. No lo era antes en la misma proporción. ¿Por qué este cambio en la actitud de las Facultades de Medicina?

No es su causa el nuevo gran material de hechos que se ha acumulado durante los años en esta rama de la Biología y la Medicina. El período clásico de la acumulación de hechos fué, para la Fisiología, el de Carl Ludwid, en la segunda mitad del siglo pasado, en que casi todas las ramas de la Fisiología se enriquecieron con muchísimos nuevos conocimientos; de tal manera que, al fin del siglo pasado, podía parecer, a Max Verworn, que los conocimientos sobre la función de los órganos eran, en la Fisiología, casi completos, y que la Fisiología, para progresar, debería orientarse en un nuevo sentido, llegando a ser Fisiología Celular.

Verworn tenía razón, hasta cierto punto. El gran progreso

de la Fisiología en los últimos 25 años es, de preferencia, un progreso bioquímico, y más bien, un progreso de Fisiología Celular. Pero no es esto, yo creo, lo que ha fijado el interés de la enseñanza médica sobre la Fisiología de una manera tan acentuada; es otro momento, que puede caracterizarse en pocas palabras, diciendo con el fisiólogo de Oxford, Haldane, que es la *Nueva Fisiología* lo que explica la nueva actitud.

¿Qué es la *Nueva Fisiología* de Haldane? Este sabio fisiólogo y profundo pensador ha insistido, como Verworn, en que realmente los progresos de la Fisiología en el siglo pasado fueron muy grandes y, desde un punto de vista, casi agotados. Sin embargo, Haldane piensa que hay otros problemas en la Fisiología que urgen, problemas ya anunciados y tocados, y recientemente plenamente reconocidos y estudiados. Son los problemas que podrían llamarse de *integración orgánica*, esto es, problemas que conciernen a la capacidad de los órganos para funcionar, no por sí independientemente, sino *como partes de una unidad orgánica*; en el sentido de que cada cambio en las condiciones externas o en las condiciones internas provoca una adaptación de parte de cada uno de los órganos, para que el organismo, como entidad, persiste inalterable. Es la *autorregulación*, que sirve a la integración del organismo. La Nueva Fisiología ha reconocido que tal autorregulación existe en el organismo; y ha estudiado los mecanismos que son la base de esta regulación. Se hace así comprensible el nuevo interés profundo del médico para la Fisiología.

II

¿Cómo es posible una autorregulación en el organismo?

Para comprenderlo y para comprender los mecanismos de la autorregulación, hay que partir del hecho bien conocido de que *todos los órganos y el organismo total, pueden variar su función cuantitativamente entre límites muy amplios*.

Tomando la cantidad de oxígeno gastado, y la cantidad de ácido carbónico producido, como medidas cuantitativas del me-

tabolismo, se constata que esas cantidades varían enormemente en un mismo organismo. Un trabajo muscular, que nos parece insignificante, como el movimiento de un brazo o el movimiento de los dedos, envuelve un aumento considerable del metabolismo, un aumento de más o menos un 20⁰%. La señorita que toca el piano durante algunas horas hace un trabajo muscular bastante grande. Pero aun se observan aumentos mucho más grandes del metabolismo, cuando el organismo sostiene su propio peso en la dirección vertical; esto es, cuando subimos un cerro. El metabolismo aumenta en este caso hasta un 900⁰%; es decir, aumenta diez veces. Hay, pues, una posibilidad de variación, como Uds. lo ven, realmente asombrosa.

Lo mismo puede demostrarse *para cada órgano por separado*.

Cuando examinamos la cantidad de *aire ventilado* por los pulmones, examen que es posible por medios muy simples, constatamos que la cantidad de aire normalmente inspirada es de 3 a 5 veces menor que la cantidad de aire que puede inspirarse en una sola inspiración máxima. Decimos que varía la profundidad de la respiración; pero hay también variaciones del ritmo o de la frecuencia respiratoria. Cuando aumentan simultáneamente la profundidad y la frecuencia de la respiración, la cantidad de aire crece muy considerablemente.

El *corazón* obra también en condiciones cuantitativas muy parecidas. La cantidad de sangre expulsada por una contracción del ventrículo izquierdo a la aorta es, más o menos, de 50 a 60 centímetros cúbicos. Con 60 contracciones más o menos por minuto, el corazón expulsa de tres a tres y medio litros en dicho lapso. Ahora, el trabajo muscular determina un aumento en la cantidad de sangre expulsada con cada contracción; aumenta también la frecuencia de las contracciones cardíacas. Así, en vez de tres litros, pueden expulsarse doce, y en ciertos individuos atléticos, aun veinte litros de sangre por minuto.

Tenemos aun las arterias. El diámetro de ellas no es constante; varía mucho, según diferentes condiciones. El ejemplo más demostrativo es el comportamiento de las arterias que entran al músculo en reposo y al músculo en trabajo. En el úl-

fimo caso, el diámetro es mayor; y la cantidad de sangre que pasa por el músculo que se contrae, aumenta muchas veces. El músculo que se contrae aumenta su metabolismo hasta 50 veces, como lo han demostrado investigadores franceses, en el músculo macétero (uno de los músculos masticadores). El aumento del diámetro arterial y el aumento de la velocidad de la corriente sanguínea, lo aseguran para ello. En los últimos años, diferentes investigadores han constatado que no solamente las arterias, sino también los *capilares* que penetran en el tejido y que se disponen entre las células, varían su diámetro. Por observaciones directas microscópicas en músculos de rana en reposo y en contracción, el fisiólogo danés Krogh ha constatado que en el músculo en trabajo, se ven muchos más capilares que en el músculo en reposo; evidentemente, muchos capilares se ocluyen durante el reposo muscular, desapareciendo de la vista, para abrirse nuevamente durante el trabajo muscular, en que el músculo necesita de nuevo mayor cantidad de oxígeno; esto es, mayor cantidad de sangre.

La misma falta de constancia cuantitativa en sus funciones, puede observarse en lo que respecta al *intestino*.

El intestino del hombre tiene una longitud de más o menos ocho metros, aunque las necesidades de la digestión y de la absorción, pueden satisfacerse con una longitud mucho más pequeña. En todo caso, es bien conocido el hecho de que el hombre sobrevive después de sacar partes más o menos largas de su intestino, como se hace a veces necesario en la cirugía humana. No son raros los casos en que se extirpó un metro o más de intestino por medio del bisturí del cirujano. Los experimentos de Underhill, en perros, han demostrado que *dos quintos* del intestino delgado pueden extraerse en este animal sin consecuencias serias de digestión y de absorción. Lo que conocemos sobre la Fisiología de la secreción de las glándulas digestivas está plenamente de acuerdo con los datos expuestos. El celebrado fisiólogo ruso Pavlov ha constatado que la cantidad y la cualidad del jugo digestivo varía según la cantidad y la cualidad de los alimentos ingeridos. Lo demostraron Pavlov y

sus numerosos colaboradores con muchísimos experimentos en el perro, concernientes a las más diferentes glándulas digestivas.

Los ejemplos mencionados bastan, lo creo, para demostrar que el mismo organismo varía en límites muy amplios sus funciones, cuantitativa y cualitativamente. Se compararía la estructura y la función de las partes del organismo, con una instalación eléctrica, cuya eficiencia sobrepasara en proporción muy amplia lo que se necesita en la vida cotidiana de la ciudad. Y trabaja el organismo, como tal instalación eléctrica, más o menos intensamente, según las necesidades, que varían. *Es así posible para cada órgano, y es posible para el organismo como una entidad, adaptarse a las condiciones internas y externas, si cambian.*

III

La capacidad de la variación funcional es *el medio de la autorregulación y de la integración orgánica*. Es esta capacidad lo que permite al organismo llegar a la *constancia del medio interno*, del «milieu interne», como decía Claude Bernard. Son la sangre y la linfa, este medio interno, el medio líquido en que viven todas las células de un organismo pluri-celular. La vida celular cambiaría, esto es natural, con los cambios en el estado de este medio interno. Y es claro que la constancia del medio interno debe ser de una importancia muy grande para el organismo, cuando se trata de luchar contra la desarmonía, por cambios que lo impiden. Conocemos actualmente que el medio interno o la sangre es de una constancia casi estupefaciente y se llega a esto por la variación funcional de los órganos diferentes.

Se puede demostrar esto con ejemplos muy sencillos, bien conocidos por todos los médicos.

En el trabajo muscular, como hemos ya dicho, aumenta la cantidad de *ácido carbónico* producido. Amenaza, así, al organismo una acidez de la sangre, una intoxicación peligrosa. Pero

el organismo sobrepasa con mucha facilidad el gran peligro con la variación de la respiración, con el aumento de la frecuencia y de la profundidad de los movimientos respiratorios, que condicionan, de tal modo, una excreción más grande de ácido carbónico, una purificación de la sangre que permanece constante con respecto al ácido carbónico. El corazón también toma parte en esta autorregulación para la integración orgánica.

Otro ejemplo. Los músculos usan, para la producción de energía mecánica, el *azúcar*, que les es entregado por la sangre. Pero no disminuye el nivel de azúcar en la sangre, por ser el hígado capaz de entregar el azúcar que faltaría a la sangre, si no hubiera esta autorregulación por medio de las reservas de azúcar, en forma de glicógeno, en el hígado.

Un tercer ejemplo. Entra el azúcar desde el intestino a la sangre de la *vena porta*, y durante la absorción, aumenta el nivel de azúcar en esta rama de la circulación. Pero no aumenta el nivel de azúcar en las otras ramas de la circulación, porque el hígado es una barrera. Se acumula el azúcar absorbido, en el hígado, bajo la forma de glicógeno, para servir al organismo en la hora de la necesidad.

Un último ejemplo, muy hermoso. Cuando aumentamos *la cantidad de sal* en nuestros alimentos, no aumenta la concentración salina de la sangre; sería tal aumento un peligro catastrófico para todas las células del organismo. La concentración salina no aumenta, porque el riñón excreta el exceso de sal. No trabaja el riñón en este caso como un filtro del laboratorio químico; trabaja como una glándula viva, que se adapta a las necesidades del organismo. Excreta el riñón una orina con una concentración salina más grande que la de la sangre. Y a la inversa: si alimentamos un animal con raciones muy pobres en sal, permanece normal, hasta un cierto tiempo, la concentración salina de la sangre; excretando el riñón una orina pobrísima en sal. Finalmente, no resiste el animal, por ser limitada la capacidad de la autorregulación; en cierto momento, la concentración salina de la sangre disminuye, y el animal muere.

Uds. saben ya que hay, en el organismo, una *integración*

orgánica y una constancia del medio interno, aseguradas por la *autorregulación*, y que la última es posible porque existe una *variación funcional* de los órganos respectivos.

IV

¿Cuáles son los *mecanismos íntimos* de esta autorregulación?

Podemos decirlo en algunas palabras: hay dos medios principales de autorregulación: el sistema nervioso y los hormones; y aun en muchos casos, los dos medios pueden obrar conjuntamente.

La autorregulación hormonal, esto es, la que se cumple por medio de sustancias químicas entregadas a la sangre y aptas para actuar sobre órganos lejanos, se presenta a nosotros en muy diferentes funciones. La *regulación de los movimientos respiratorios* en el trabajo muscular, es el ejemplo más conocido. Hemos constatado que el ritmo y la profundidad en los movimientos respiratorios cambian en el trabajo muscular; es el ácido carbónico producido en los músculos, el que, después de ser entregado a la sangre, obra sobre el centro respiratorio en el bulbo raquídeo, estimulándolo. Cada cambio de la acidez de la sangre actúa en el mismo sentido; se puede determinar un aumento del ritmo y de la profundidad de la respiración, inyectando cualquier otro ácido.

El ejemplo relatado es de un interés especial, porque se trata de una situación en la cual la sustancia misma que debe excretarse por la respiración, es la que sirve como medio de autorregulación. Y no menos interesante es el hecho de que la acidez de la sangre regule también *el calibre de los vasos sanguíneos*, regulando así la irrigación de los órganos. El músculo que trabaja y que produce ácido condiciona por esto mismo una rapidez de la corriente sanguínea, necesaria para su alimentación con Oxígeno, y para el alejamiento de los productos catabólicos.

Hemos mencionado la constancia del *nivel de azúcar en la sangre*, aunque el consumo de azúcar en los músculos y las demandas de ellos a la sangre cambien. ¿Cómo se regula el

nivel de azúcar en la sangre? No hay duda que es el hígado el que provee de azúcar a la sangre; diferentes experimentos demuestran que el hígado obra con fermentos que transforman su glicógeno en azúcar. Pero es claro que deben existir factores que regulan las proporciones de esta obra fermentativa; *deben* existir en el organismo íntegro, porque en el hígado, aislado del organismo, o en el organismo muerto, toda la reserva glicogénica se transforma en poco tiempo en azúcar. Ahora, hay en el organismo dos glándulas cuyas secreciones internas podrían influenciar el nivel de azúcar en la sangre. El extracto pancreático, o insulina, inyectada bajo la piel, condiciona un descenso del nivel; un extracto suprarenal, o adrenalina, condiciona un aumento del nivel. En vista de estos hechos experimentales, podríamos suponer que son esas dos glándulas endocrinas las que, por su secreción interna, regulan la obra fermentativa del hígado. Con respecto a la insulina, hay hoy día hechos suficientes para confirmar dicha suposición.

El trabajo de conjunto de los órganos diferentes por medio de hormonas se puede ilustrar bien por las relaciones que existen *entre la secreción gástrica y la secreción pancreática*. El ácido clorhídrico producido por la secreción gástrica, entrando en el intestino, estimula su mucosa a la producción de una sustancia probablemente específica, la *secretina*; ésta es entregada a la sangre y estimula al páncreas a la producción de fermentos digestivos que son necesarios para continuar la obra digestiva comenzada por el estómago. De nuevo, ¡qué bella autorregulación, y qué interrelaciones profundas entre los órganos!

V

En todos los ejemplos hasta aquí relatados, en que están en juego hormonas, no queda excluído que el sistema nervioso tome parte. Es seguro, con respecto a la obra del ácido carbónico, que actúa sobre el bulbo raquídeo; es probable con respecto a la producción de la secretina en la mucosa del intestino, que es penetrada por un sistema nervioso local; el sistema entérico;

y es probable con respecto a la obra de la insulina y de la adrenalina, cuya producción probablemente es regulada por el sistema nervioso, influenciado por sustancias químicas que se originan en el trabajo muscular.

Pero, desde muchos años, conocemos el hecho de que hay una autorregulación que parece ser también *puramente* nerviosa. Se trata de los movimientos respiratorios. Hay vías nerviosas centrípetas, de los pulmones al bulbo raquídeo; son éstas ciertas fibras del nervio vago. El ritmo respiratorio cambia si esas fibras se seccionan o si se excita el tronco central del vago seccionado. Evidentemente, están estas fibras del vago destinadas a conducir impulsos que se originan normalmente en el tejido pulmonar. Diferentes experimentos hacen suponer que la distensión de los pulmones en la inspiración, y la retracción de los mismos en la expiración, son los estimulantes mecánicos respectivos de las fibras centrípetas del vago pulmonar. Distendiéndose y retrayéndose, los pulmones mismos impiden una extensión y una retracción exagerada. Es esta regulación de los movimientos respiratorios el ejemplo, se puede decir, clásico, de una autorregulación por vía nerviosa.

Otro caso de la autorregulación que parecía puramente nerviosa, fué descubierto hace más de 60 años sobre el corazón. El corazón también tiene fibras nerviosas del vago, fibras centrifugas que actúan como inhibidores del corazón. Si se seccionan esas fibras en el perro, aumenta la frecuencia de las contracciones cardíacas; si se excita el cabo periférico del vago seccionado, la frecuencia disminuye, y hasta a veces el corazón llega a detenerse. Ahora, existe en el organismo una vía nerviosa especial centrípeta de la aorta al bulbo raquídeo, el nervio Depresor; si se excita en el conejo este nervio, la frecuencia de las contracciones cardíacas disminuye. Si se secciona el vago, la estimulación del depresor no influencia al corazón. Es claro que se trata aquí de un impulso, conducido de la aorta, por las fibras centrípetas del depresor, al sistema nervioso central; y de aquí, por vía del vago, al corazón. Se trata también aquí de una autorregulación; como muchos experimentos lo de-

muestran, el depresor se estimula en el organismo por cambios de la presión sanguínea; si sube la presión, la frecuencia y la fuerza de las contracciones del corazón disminuyen. Tenemos aquí una autorregulación en la cual un aumento de la presión sanguínea misma, condiciona su descenso por vía nerviosa. El fenómeno es, en verdad, algo más complicado de lo que hemos relatado aquí; pero creo que lo que hemos dicho basta para mostrar cómo la presión sanguínea, que es un factor muy importante para la distribución de la sangre en los órganos, se autorregula por intermedio de aparatos nerviosos.

VI

Hemos insistido ya en que, en la autorregulación por vía hormonal, el sistema nervioso también toma parte. Esta interrelación, este trabajo de conjunto de los hormones y del sistema nervioso, se nos presenta muy frecuentemente en los mecanismos de la integración orgánica, y parece que es esta interrelación un fenómeno más frecuente de lo que se creía anteriormente. Dos ejemplos de esta interrelación son de un interés especial.

Las acciones de la adrenalina que se origina en las cápsulas suprarrenales y que se entrega a la sangre, son bien conocidas. Se trata de una acción sobre el sistema nervioso simpático; la adrenalina estimula las terminaciones periféricas del simpático. Todas las acciones de la adrenalina, tan múltiples como sean, se explican por su acción sobre terminaciones nerviosas simpáticas. Las relaciones de las cápsulas suprarrenales con el simpático, se presentan también en otro sentido, tal vez muy complicado, pero no menos interesante. Hace ya muchos años, Claude Bernard, demostró que una lesión del *bulbo raquídeo* provoca una hiperglicemia con su consecuencia característica, la glucosuria. Se trataría aquí de un trastorno de la función glicogénica del hígado, que bajo la influencia de un trastorno nervioso provocado por la lesión, perdería su capacidad de regular la síntesis y el desdoblamiento del glicógeno. Ahora bien, como sabemos hoy día, esta función del hígado dependería de dos hormonas: seguramente de la insu-

lina del páncreas y posiblemente de la adrenalina de las cápsulas suprarrenales. Debería ser claro desde el principio, que la lesión del bulbo raquídeo podría provocar el trastorno glicogénico del hígado, por intermedio del páncreas o de las cápsulas suprarrenales. Esta suposición fué examinada experimentalmente por diferentes investigadores; y parece que la *picure* en el bulbo raquídeo, la *picure de azúcar*, como se dice desde Claude Bernard, influye en verdad sobre el hígado indirectamente. Si se sacan las cápsulas suprarrenales, la *picure* no provoca el trastorno del azúcar; no hay trastorno tampoco cuando se seccionan las vías simpáticas de las suprarrenales. Parece que la *picure* actúa primeramente sobre las cápsulas suprarrenales por vía simpática, que de su lado causan el trastorno del hígado por intermedio de la adrenalina. ¡Qué interrelaciones profundas y complicadas de vías nerviosas y de hormonas en el cuerpo animal!

El segundo ejemplo que llama nuestra atención, es el fruto de trabajos nuevos que debemos al farmacólogo austriaco Loewi, de la Universidad de Graz. Hemos mencionado ya la regulación del corazón por medio del nervio vago. Parecía siempre que se trataba aquí de una autorregulación puramente nerviosa; pero Loewi demostró que la situación aquí no es tan simple, tratándose también de una autorregulación nervioso-hormonal. Loewi provocó en el corazón aislado de la rana, repleto de una solución salina fisiológica, los fenómenos de inhibición por excitación del nervio vago. Si la solución es sacada del corazón después de una estimulación más o menos larga, e introducida en el corazón aislado de otra rana *no* estimulada, provoca fenómenos de inhibición. Dedujo Loewi de sus observaciones que, cuando se estimula el nervio vago, se producen en el corazón sustancias aptas para inhibirlo y que toda la acción inhibidora del vago se hace por intermedio de esas sustancias. Sería, según Loewi, la inhibición del corazón por estimulación del nervio vago, una regulación nervioso-hormonal, provocando la excitación del vago, la formación de las sustancias que actúan como inhibidoras.

VII

Cuando damos una ojeada sobre las diferentes regulaciones nerviosas y hormonales de las cuales se sirve el cuerpo animal, se ve claramente que el organismo dispone de medios múltiples que sirven para la mantención de su equilibrio. El organismo aumenta la excreción de las sustancias producidas en exceso en su interior, o introducidas a él desde afuera; se entregan a la sangre por ciertos órganos, sustancias que otros órganos necesitan. Asistimos a un trabajo de conjunto de órganos de excreción, de digestión, de respiración y de circulación. Un trabajo de conjunto destinado al servicio de mantener un *equilibrio orgánico*. Cuando aumenta el trabajo muscular, que causa un aumento del metabolismo, sea de diez veces, como en una marcha vertical, el equilibrio del organismo no fracasa; se establece, gracias a la autorregulación, otro equilibrio, un equilibrio sobre un nivel nuevo, más alto. La integración orgánica, no es en muchos casos otra cosa, sino la posibilidad de pasar de un nivel de equilibrio a un otro nivel. La posibilidad de adaptarse a la gran multiplicidad de condiciones externas, de adaptarse a los cambios de la presión atmosférica, de la temperatura externa, de la composición de los alimentos en cantidad y en cualidad, la posibilidad de todas estas adaptaciones se basa sobre la autorregulación, sobre la posibilidad de pasar de un equilibrio a otro.

Pero no se olvide que esta capacidad del cuerpo animal es limitada. Cuando en el trabajo muscular se demanda demasiado al corazón, éste fracasa, no siendo capaz de satisfacer las demandas. Ocurre lo mismo con las diferentes partes del sistema nervioso. Se hace imposible para el organismo en estas condiciones mantener un equilibrio; la armonía establecida por la autorregulación fracasa, y el organismo se encuentra sobre el camino que conduce a la enfermedad y a la muerte. Todas las enfermedades deben considerarse como estados de equilibrio fracasado, y toda la lucha del organismo contra la enfermedad se nos ofrece como una lucha para mantener el equilibrio por in-

termedio de una autorregulación. El médico no puede hacer otra cosa que apoyar, con medios físicos y químicos, esta lucha defensiva en el organismo mismo.

El desarrollo de las ideas fisiológicas nos conduce necesariamente a los límites de la Patología. No es la Fisiología una diversión intelectual en el segundo año de Medicina; es *la Fisiología la base natural del pensamiento médico*. No hay un pensamiento científico en la Patología, si no se basa en el concepto de la integración orgánica, realizada por la autorregulación.

VIII

Pero, además, la autorregulación compenetra, no solamente las relaciones físicas del cuerpo sano y enfermo, compenetra también la *psiquis*. La demostración más clara de esto nos la ofrece la *psico-análisis*, la teoría más noble y más fructífera de la psicología y la psiquiatría moderna; y por esto la teoría, no solamente más discutida, sino también más combatida por la medicina oficial y conservadora. Desde el comienzo, el gran psicólogo y filósofo austriaco, Sigmund Freud, ha trabajado en el concepto de la autorregulación psíquica. Descubrió Freud los mecanismos subconscientes de la *represión* y de la *compensación*, hechos fundamentales en la vida psíquica. Es el mecanismo de la represión el que hace olvidar las cosas que no son agradables, que inquietan y trastornan nuestra psiquis. Y me parece que sin esta autorregulación psíquica, no sería capaz el hombre de marchar el camino de la pasión que todos nosotros debemos hacer. No es siempre completa la autorregulación por medio de la represión; el demonio reprimido queda vivo en los estratos profundos de nuestra psiquis subconsciente y continúa su obra. *Olvidar no es matar*. Continuando el demonio reprimido su obra, se hace necesario contrarrestarlo con diferentes compensaciones. El joven, una vez humillado por sus camaradas, tan frecuentemente crueles; por sus padres o por sus maes-

tros, que lo son frecuentemente también, no siempre reacciona visiblemente: «olvida» la humillación. Pero ésta, quedando viva en su subconsciencia, influye sobre todo el pensamiento y el comportamiento ulterior del joven, que compensa con ideas exageradas, con aspiraciones y acciones parecidas, la falta que hizo posible o necesaria la humillación. Uds. lo comprenden—es la compensación, como la represión, un medio de la autorregulación psíquica, para llegar a la integración psíquica.

Toda la vida trabajan esos medios de la autorregulación psíquica en la subconsciencia nuestra, como lo hacen los medios de la autorregulación fisiológica. No hay vida psíquica sin aquella autorregulación. Y de la misma manera como la autorregulación fisiológica es la verdadera base para comprender las adaptaciones al ambiente natural, es la autorregulación psíquica la base de la adaptación al ambiente social.

Los medios de la autorregulación fisiológica, como ya hemos dicho, no siempre son suficientes, no siempre permiten adquirir un nuevo equilibrio. No lo permiten tampoco los medios de la autorregulación psíquica. No se adquiere siempre el equilibrio psíquico, con represión y compensación, y derivan de esta falta los múltiples trastornos nerviosos. Antes de Freud, reinaba oscuridad y caos en este campo de la Patología; luz y claridad fueron introducidas por el gran maestro, gracias al descubrimiento de las autorregulaciones relatadas anteriormente. Y así como la Patología Moderna aprovechó del conocimiento de las autorregulaciones fisiológicas, no menos aprovechó de la autorregulación descubierta por Freud la Patología Moderna de los trastornos nerviosos.

Hace diez o más años, cuando yo leía un trabajo del continuador genial de Freud, el sabio suizo Jung,—un trabajo en el cual Jung insistía sobre el hecho de que *todo nuestro pensamiento se construye en vista de cierto fin*,—yo, como biólogo influenciado por las ideas mecanistas, sentía un cierto malestar. Me parecía esta idea de Jung en total oposición con todo lo que es la base del pensamiento biológico moderno. Pero hoy día, habiendo comprendido las ideas fundamentales de la auto-

rregulación fisiológica y de la autorregulación psíquica, comprendo también la verdad profunda de la idea de Jung. Durante toda nuestra vida no cesamos de trabajar en la construcción de nuestra psiquis; ponemos piedra a piedra, y solamente la muerte interrumpe esta obra de construcción. Algunos de nosotros no pierden nunca el equilibrio en esta obra de construcción final: son los hombres equilibrados. Los otros están en el límite del equilibrio y lo pierden a veces. Pero trabajan los unos y los otros por su mismo fin individual.

Permitidme terminar mi clase inaugural, relatando a ustedes un suceso reciente, que, a primera vista, parece carecer de importancia; pero que demuestra de una manera sencilla y muy clara la importancia vital de la autorregulación psíquica. Estuve la semana pasada en Santiago. Un señor que habita en la capital, pero oriundo de Concepción, me llevó al teatro. En el entreacto me contó cómo hace 30 años llegó, la primera vez, a la edad de 17 años, de Concepción a Santiago. Inmediatamente después de llegar, el joven fué al teatro, y entraba en la sala en el segundo acto de la ópera *Aída*, al mismo tiempo que comenzaba *la marcha triunfal*. Y me dice el señor: «¡Qué hermosa cosa la memoria nuestra, que nos permite recordar aquellas cosas agradables, esa marcha triunfal, cuando yo entraba en mi vida!». Sí, le he dicho, una cosa bella la *memoria* cuando hay al lado de ella otra facultad, la facultad de *olvidar* las cosas que son menos agradables, de *escoger entre las cosas de recordar y las cosas de olvidar*. Mi distinguido amigo estuvo de acuerdo conmigo; y estén ustedes seguros: la felicidad de cada uno de todos nosotros depende de una buena opción entre las cosas que se presentan a nuestra memoria. Es esta opción inconsciente nuestra autorregulación psíquica.

No se olvidará esta verdad cuando, en el futuro, se escriba la historia de la Universidad del Sur, la historia de la Universidad de Concepción. No se hará esta historia sin luchas; y serán estas luchas especialmente fuertes al comienzo; son inevitables. Pero la historia por escribirse insistirá sobre el gran *fin*

por que luchábamos, y la historia sabrá escoger, entre todas las cosas que se presentarán a ella para decidir cuáles son las dignas de *no ser olvidadas*. Sea el orgullo de cada uno de nosotros el aportar, en su trabajo profesional, contribuciones *que no sean olvidadas* en la historia de nuestra Universidad.

Ricardo Donoso

La leyenda de las joyas de la reina Isabel

Lo que dicen los textos de Barros Arana, Gaspar Toro y Galdames.—Los principales culpables: Irving y Prescott.—Origen de la leyenda: testimonio de don Fernando Colón.—El padre Las Casas, Herrera, López de Gómara y Muñoz difunden la conseja.—Cronistas e historiadores que no la consignan.—La labor crítica: Fernández Duro, Ibarra y Rodríguez, y Serrano y Sanz.—El *Libro Verde de Aragón* y sus revelaciones.—Luis de Santangel y su ascendencia judaica.—Sus relaciones con Colón.—Procedencia del dinero con que se atendió a los gastos de la expedición descubridora.—La acción de la reina.

I

DESDE hace buen número de años la crítica moderna ha desechado la socorrida leyenda del empeño de las joyas de la reina Isabel de Castilla para sufragar los gastos que demandara la expedición descubridora del genial genovés, a pesar de lo cual todavía se repite en la cátedra y en los libros de texto. Es verdad que ella ha sido difundida por autores de tan indiscutible autoridad como don Diego Barros Arana, quien en su *Compendio de historia de América*, dado a la estampa en 1865, escribía: «Entonces perdió Colón todas sus esperanzas y no pensó más que en pasar a Francia. Parecía que un poder misterioso contrariaba su suerte en los momentos en que

se creía próximo a recoger el fruto de tantas fatigas, afanes y contradicciones. A principios de Febrero de 1492, Colón partió de Santa Fe: pero al saber esta noticia, las pocas personas que se habían interesado por él y por sus proyectos, resolvieron impedir su marcha. Luis de Santangel, receptor de las rentas eclesiásticas de Aragón, y Alonso de Quintanilla, se presentaron a la reina. El peligro que corría la grande empresa del marino genovés les dió audacia y elocuencia. No se limitaron a súplicas, sino que llegaron a reconvenir a la reina por la terquedad con que sus comisarios se habían negado a conceder a Colón lo que pedía. La grande alma de Isabel se sintió conmovida; y como el rey vacilara ante la idea de los gastos que la empresa iba a originar, su esposa exclamó: «Yo la acepto por la corona de Castilla, aún cuando fuese necesario empeñar mis joyas para sufragar sus gastos». Inmediatamente partió un correo en busca de Colón, que se hallaba ya a diez leguas de Granada. La reina lo recibió con una generosa bondad, capaz de hacerle olvidar sus pasados dolores, y ordenó que su secretario Juan de Coloma, extendiese las capitulaciones*.

Idéntica afirmación se encuentra en el texto de don Gaspar Toro, aprobado por la Universidad de Chile para el uso de los establecimientos de segunda enseñanza, donde se lee: «El prior de la Rábida lo detuvo. Los reyes tomaron a Granada, y ya fué más fácil a Colón mover en su favor el ánimo de Isabel. Se cuenta que, cuando ésta vió a su marido vacilante por los gastos de la empresa, exclamó: Yo lo acepto por la corona de Castilla, aún cuando sea necesario empeñar mis joyas para costear sus gastos»**.

Aún más: don Luis Galdames, catedrático distinguidísimo y autor de un muy meritorio *Estudio de la historia de Chile*, que se usa como texto en nuestros liceos, afirma: «Sin embargo, cuando Granada fué tomada por los españoles y la guerra quedó con esto concluida, Isabel de Castilla aceptó las proposiciones

* Pág. 87 de la edición de 1865.

** *Compendio de Historia de América y especialmente de Chile*, pág. 14 de la edición de 1910.

de Colón y le prestó recursos para armar tres embarcaciones*.

Nada tiene de extraño que esta leyenda, realmente hermosa, se haya ido repitiendo de siglo en siglo y de generación en generación, pero sí sorprende que un colombista tan sólido y bien enterado como don Enrique Sanfuentes Correa no hubicra esclarecido definitivamente el asunto, del cual sólo tuvo fundadas sospechas, en su notable libro. «Tendríamos entonces, escribe allí, que todo el dinero para el descubrimiento habría sido proporcionado por genoveses, excepto en la parte de responsabilidad que cabría a Santangel, y que aquello del empeño de las joyas de Isabel la Católica, que hasta lágrimas arrancara a algún poeta, no sería sino la más audaz de las mistificaciones históricas, repetida y glorificada durante cuatro siglos»**.

II

A decir verdad, los escritores nombrados sólo se han limitado a reproducir lo que eminentes historiadores han consignado sobre la materia, comenzando por Irving y por Prescott. No resisto a la tentación de reproducir el párrafo correspondiente de la *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*, por cuanto Irving es uno de los autores que más ha contribuido a la difusión de la leyenda. «Todavía tuvo un momento de duda, escribe. El rey miraba con frialdad aquella negociación, y el tesoro real estaba absolutamente agotado por la guerra. Se necesitaba tiempo para llenarlo. ¿Cómo podía la reina girar sobre una caja vacía para medidas a que su esposo se manifestaba adverso? Santangel observaba esta suspensión con trémula ansiedad. Pero no le duró más que un momento. Con entusiasmo digno de ella misma y de la causa que patrocinaba, exclamó Isabel: *Yo entro en la empresa por mi corona de Castilla, y empeñaré mis joyas para levantar los fondos necesarios.* Este fué el noble momento

* Págs. 24-25 de la edición de 1925.

** *Cristóbal Colón y su detractor el marqués de Dos Fuentes*, Santiago, 1918, pág. 80.

de la vida de Isabel: por él durará siempre su nombre, como patrona del descubrimiento del Nuevo Mundo» *.

Prescott da la misma versión, con las textuales palabras que transcribe Barros Arana. El eminente historiador norteamericano funda su afirmación en el testimonio de Herrera, don Juan Bautista Muñoz, don Fernando Colón y López de Gómara **. Propiciada por tales autoridades la tradición se difundió y dió amplio tema a escritores y poetas.

Como apunta Henry Vignaud, el origen de la leyenda se remonta al testimonio de don Fernando Colón, cuyo libro vió la luz en Venecia en 1571. Dice el hijo del Almirante: «Visto por Santangel el favor que le hacía la Reina en aceptar lo que por consejo de tantos había desestimado, la respondió que no era necesario empeñar sus joyas, que él serviría a su alteza prestándola el dinero» ***.

El escrito del hijo del Almirante no ha visto hasta hoy la luz de la publicidad, y lo que de él se conoce es la traducción que Alonso de Ulloa dió a la estampa en Venecia en el año indicado. El padre Las Casas, que fué uno de sus lectores, dejó inédita su obra durante siglos, y hasta que Herrera y otros historiadores no conocieron su libro, el generoso desprendimiento de la reina no tuvo encomiadores. Pero, como anota Fernández Duro, al tiempo de las laboriosas gestiones de Colón ante la corte, don Fernando era un niño y se hallaba lejos del lugar. De haber sabido la ocurrencia por confidencia de tercera persona, ¿cómo es que ella escapó del conocimiento de los cronistas y escritores contemporáneos, ninguno de los cuales la consigna? El diálogo que don Fernando Colón pone en labios de la reina y de Santangel, que sin saltar a la verdad en lo esen-

* Págs. 36-37 de la edición de Santiago de 1851.

** *Historia del reinado de Fernando e Isabel*, II, pág. 127.

*** I, pág. 72, edición de Madrid de 1892. Es sabido que la autenticidad del libro de don Fernando Colón ha sido negada por Harrise, *don Fernando Colón, historiador de su padre*, Sevilla, 1871, volumen del cual hay una edición francesa, más amplia, del año siguiente; y defendida por d'Avezac. Con este motivo se planteó una notable polémica; en la que participó el eminente americanista con su mordacidad de costumbre, el análisis de la cual nos haría extendernos demasiado.

cial, relativo al préstamo, está adornado con frases muy del gusto de la época, pone de manifiesto la influencia de los clásicos latinos, a cuya lectura era muy aficionado el famoso bibliófilo sevillano.

El padre Las Casas, amigo que fué de Colón, cuyo diario de navegación del primer viaje tuvo a la vista, escribe: «Cognosciendo, pues, la Reina católica la istinción y buen celo que tenía Luis de Santangel a su servicio, dijo que le agradecía mucho su deseo y el parecer que le daba y que tenía por bien de seguirlo, pero que se difiriese por entonces hasta que tuviese un poco de quietud y descanso, porque ya veía cuán necesitados estaban con aquellas guerras que tan prolijas habían sido; pero si todavía os parece, Santangel, dice la Reina, que ese hombre ya no podrá sufrir tanta tardanza, yo terné por bien que sobre joyas de mi recámara se busquen prestados los dineros que para hacer el armada pide, y váyase luego a entender en ella» *.

El tercer autor que menciona el hecho es Antonio de Herrera, famoso cronista de las Indias, cuya *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano* vió la luz en 1601, quien escribe: «La Reina, porque se veía importunar en la misma conformidad de Alonso de Quintanilla, que con ella tenía autoridad, los agradeció el Consejo, y dijo que le aceptaba, con que se aguardase a que se alentase algo de los gastos de la Guerra; y que si todavía parecía que se efectuase luego, tenía por bien, que sobre algunas Joyas de su Cámara, se buscase prestado el dinero que fuese menester. Quintanilla, y Sant-Angel la besaron las manos, porque por consejo suyo hubiese determinado de hacer, lo que por el de tantos había rehusado; y Luis de Sant-Angel ofreció de prestar de su hacienda la cantidad necesaria; y con esta resolución mandó la Reina, que fuese un alguacil de la Corte, por la posta, tras don Cristóbal Colón... **

Los otros autores cuya autoridad invoca Prescott son López

* *Historia de las Indias*, I, págs. 247-248.

** Década primera, libro 1.º, cáp. 8.

de Gómara y el eminente don Juan Bautista Muñoz. De ellos, Gómara, cuya obra vió la luz en Zaragoza en 1553, no repite la tradición, no así Muñoz, quien la acoge con la mejor buena fe. «Inflámase la reyna, dice, dales gracia por el consejo, y acepta la empresa por su corona de Castilla. Bien que añadió, sería menester diferir algun tanto la ejecucion, mientras se rehacia de los gastos de la guerra: mas aún si esta dilación les descontentaba, que allí estaban las joyas de su cámara, y sobre ellas se tomase la cantidad necesaria para el armamento. Lleno de júbilo Sant-Angel ofreció prestar lo suficiente para disponer la expedición sin pérdida de tiempo» *.

Aún cuando no faltan en los autores citados las referencias a la procedencia del dinero con que se hizo el primer viaje de Colón, la leyenda se propagó y pasó a la posteridad con todos los contornos de un hecho inamovible.

Pero ya los contemporáneos habían aludido a ello. Gonzalo Fernández de Oviedo, primer cronista oficial de las Indias, que fué testigo de casi todos los hechos que relata, afirma: «Y porque habia necesidad de dineros para su expedición, a causa de la guerra, los prestó para facer esta primera armada de las Indias y su descubrimiento, el escribano de racion, Luis de Sanct-Angel» **.

A su vez Gómara, cuyo testimonio hay que acoger con reservas, y de quien Muñoz decía que había dado crédito a patrañas no sólo falsas sino que inverosímiles, escribía: «Y porque los Reies no tenían dinero para despachar a Colón, les prestó Luis de S. Angel, su Escribano de Racion, seis cuentos de maravedís, que son en cuenta mas gruesa diez y seis mil ducados».

Los mismos historiadores norteamericanos, Irving y Prescott, admiten que Santangel adelantó las sumas necesarias para el primer inolvidable glorioso viaje del genovés. Es oportuno recordar también, como apunta Vignaud, que ni Fernando del Pulgar, Bernaldez, Nebrija, Oviedo, Pedro Mártir de Angleria, Ge-

* *Historia del Nuevo Mundo*, Libro II, pág. 65.

** *Historia General de las Indias*, I, pág. 20.

raldini, Garibay, Mariana y Zurita, conocieron la proposición de la reina que dió origen a la leyenda. Y su testimonio tenía la más decisiva importancia, por tratarse nada menos que de cronistas e historiadores contemporáneos, en su mayor parte.

III

Fué el primero en llamar la atención hacia la falta de fundamento histórico de la socorrida conseja, el distinguido historiador peninsular don Cesáreo Fernández Duro, autor de tantas interesantes páginas sobre Colón, quien, en un estudio que publicó primero en la *Revista Contemporánea*, y recogió después en su libro *Tradiciones infundadas*, se pronunció resueltamente contra ella. «Bien son menester circunspección y pulso, escribe, tratando de investigar los fundamentos de creencia tan arraigada y general, teniendo por sentencia que por increíbles que parezcan las hablillas tradicionales, conviene no despreciarlas por completo y profundizar hondamente su examen; sin embargo, con poco que se ejercite la diligencia, no es difícil advertir en principio que la noticia de haber empeñado la Reina doña Isabel las joyas de la corona, presintiendo el hallazgo de otra que ningún soberano del mundo pudiera ostentar, no procede de aserción nacida en los días de la ocurrencia, comunicada por personas de la corte que presenciaron el acto o lo supieran, y pasada de boca en boca a las generaciones sucesivas; porque ni los cronistas de la época la consignan, ni los abundantes cancioneros que subsisten de entonces la apuntan, ni en los elogios, biografías, relaciones y epistolarios de los personajes más allegados a los Reyes o que directamente intervinieron en las pretensiones de Cristóbal Colón y en la expedición de las naves que hallaron el Nuevo Mundo se menciona, encontrándose en cualquiera de estos escritos anotación de acaecimientos, de ocurrencias personales, de hechos y dichos de menor significacion, y habiéndolos especiales en que escritores cortesanos, como eran Hernando del Pulgar y Gonzalo Fernández de Oviedo, expresa-

mente recogían en la Cámara real frases agudas o sentenciosas, anécdotas interesantes y rasgos que sirvieran al retrato moral y físico de los más ilustres de sus coetáneos presentes en la corte de doña Isabel y D. Fernando.

«No hablando del empeño de las joyas estos cronistas, agrega, ni otros tan bien informados como Pedro Mártir, Andrés Bernáldez, Antonio de Nebrija, Alonso de Santa Cruz, Alvaro Flores, Estanques, Jerónimo de Zurita, sin contar a los biógrafos de Quintanilla, el Cardenal Mendoza, el Almirante de Castilla, Deza, Fonseca, Cabrero y el mismo Colón, sin temeridad cabe pensar que no es de aquellos asuntos de origen seguro que en el trascurso del tiempo y por los medios diversos de comunicación se abultan tal vez o desfiguran, pero conservan siempre un fondo de veracidad indiscutible; que no es tradición tal, que arranque del momento en que se cree nacida» *.

Señala en seguida Fernández Duro el origen de la leyenda, cual era la afirmación hecha por el hijo del Almirante de las Indias, don Fernando Colón, la autenticidad de cuya obra ha dado origen a tan ardientes controversias, y cuyo testimonio es de muy discutible autoridad; y observa que fué a principios del siglo XVII cuando los historiadores y cronistas, sin verificar la especie ni registrar los papeles de Colón, no titubearon en dar por cierto y seguro el empeño o el ofrecimiento de las joyas.

Transcribe a continuación el acucioso historiador peninsular los versos y las estrofas con que los vates españoles han contribuído a difundir la leyenda, desde Lope de Vega, el duque de Rivas, don Ramón de Campoamor y don Antonio de Trueba, hasta otros poetas de más humilde nombre y significación.

Después de consignar que en más de una ocasión las joyas de la corona fueron empeñadas para satisfacer las necesidades de la hacienda, Fernández Duro es de opinión de que «mientras no apa-

* *Tradiciones infundadas*. Examen de las que se refieren al pendón morado de Castilla, las joyas de Isabel la Católica, las naves de Cortés, el salto de Alvarado, la Virgen de Lepanto, el estandarte de don Juan de Austria y otras. Madrid, 1888, págs. 360-61.

rezcan testimonios fehacientes, la supuesta oferta de las joyas carece de fundamento histórico».

El profesor don Eduardo Ibarra y Rodríguez, sostuvo también, con muy buenas razones, en su libro *Don Fernando el Católico y el descubrimiento de América*, dado a la estampa en 1892, la tesis de que los fondos proporcionados a Colón para su primer viaje los facilitó Santangel, tomándolos del tesoro de Aragón. Aún cuando las páginas del volumen del catedrático de Zaragoza están dedicadas a vindicar la memoria del Rey Católico del cargo de hostilidad al insigne genovés, que le han formulado los historiadores de Colón, y alienta en ellas un pequeño espíritu regionalista, no se puede menos de reconocer la exactitud de las pruebas aducidas por el autor. Los escritores contemporáneos de Colón, los cronistas de Indias, y los historiadores Irving y Prescott, están de acuerdo en atribuir a Santangel una participación decisiva en la entrega de los fondos, Ibarra y Rodríguez, mediante el estudio de algunos documentos del siglo XV y de la organización de la Hacienda aragonesa, llega a una conclusión similar. «De todas suertes, termina diciendo, sea un particular el prestamista, sea el Tesoro, lo cierto, lo innegable, lo incontrovertible, es que un aragonés dió los fondos necesarios y que de Aragón salieron: es por consiguiente, un título de gloria para nuestro reino, el haber contribuido a la realización de la empresa, aportando entre otras cosas, los medios materiales para realizarla» *.

Pero ha correspondido a otro historiador peninsular, investigador eruditísimo, don Manuel Serrano y Sanz, el mérito señaladísimo de destruir en forma inequívoca la leyenda. En su volumen *Orígenes de la dominación española en América*, dado a la estampa en Madrid en 1918, ha exhibido el fruto de su labor investigadora. No faltaban los elementos para rastrear la verdad, pero faltaban la dedicación y el valor moral para exponerla. Con el estudio de los documentos existentes en el Archivo de Protocolos de Zaragoza, en el Archivo de la Corona de Aragón y en el del Real Patrimonio que se conserva en Bar-

* Obra citada, pág. 173.

celona, pudo el historiador peninsular llegar a conclusiones que bien podemos considerar definitivas.

Ante todo, ¿quién era ese acaudalado Luis de Santangel que proporcionó el dinero para el primer viaje de que hablan los escritores contemporáneos? Nada menos que un judío converso, que alcanzó altísima situación en la Corte de los Reyes católicos. Ya antes que Serrano y Sanz, un historiador norteamericano, Kayserling, había señalado la importancia de la participación de los judíos en la empresa de Colón *, pero el escritor peninsular es quien ha podido determinar con mayor precisión y acierto la extensión y caracteres de aquella participación. Para la investigación de este punto ha prestado vivísima luz un libro curiosísimo, conocido con el nombre de *Libro verde de Aragón*, en el que se hacen detalladas genealogías de las familias aragonesas de ascendencia hebraica. El escándalo que produjo su publicación movió a Felipe IV, a instancias del Consejo de la Inquisición, a ordenar la confiscación de todos los ejemplares, lo que no fué obstáculo para que algunas copias manuscritas de él se salvaran del acucioso celo de los inquisidores. Una copia de él, hallada por don José Amador de los Ríos en la Biblioteca Colombina de Sevilla, fué publicada por su hijo hace algunos lustros en la *Revista de España*, pero hay otra copia que se conserva en el Archivo Histórico Nacional de Madrid. «Si comparamos el texto del *Libro verde*, escribe Serrano y Sanz, publicado por don Rodrigo Amador de los Ríos con el de otro manuscrito, también de fines del siglo XVI, que se conserva en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, nótese que hay entre ambos grandísimas diferencias; el segundo es mucho más extenso, de tal modo que el capítulo referente a la familia de los Santangel contiene doble número de noticias que el primero; lo mismo sucede con otras genealogías, y adviértese también que algunas afirmaciones rotundas del manuscrito de la Colombina, aparecen en forma dubitativa en el del Archivo Histórico. Todo esto prueba que

* *Christopher Columbus and the participation of the Jews in the Spanish and Portuguese discoveries*, New York, 1907.

el *Libro verde*, una vez hecho público y puesto en manos de los curiosos, recibió numerosas adiciones, sin contar con otras que se le hicieron cuando aún se guardaba en el Archivo del Santo Oficio de Zaragoza, y por tanto, que tuvo una redacción progresiva, especialmente en el breve tiempo que rodó satisfaciendo la curiosidad y malevolencia de muchos».

Con los elementos mencionados ha podido, pues, el diligente historiador español, reconstituir el origen de la familia de Santangel, que es netamente judaico, y cuyo apellido, antes de convertirse, era de Chinillo o Chiniello. Era esta una antigua familia de Aragón, cuyas primeras huellas es posible constatar ya en el siglo XIII, y que pronto prosperó en riquezas e influencia social. Ya en el siglo XV era la de los Santangel una familia preeminente, acaudalada y prestigiosa, habiendo llegado uno de sus miembros a obtener el cargo de obispo de Mallorca. Luis de Santangel, el amigo y protector de Colón, era hijo de otro judío del mismo nombre, quien a su vez descendía de Noé Chinillo, israelita de Calatayud. Fué también la familia en cuestión víctima de las más feroces y ensañadas persecuciones de la Inquisición, en cuyas horcas y autos de fe perecieron muchos de sus miembros. «Casi todos los que han escrito acerca de Luis de Santangel, Escribano de ración, dice Serrano y Sanz, están conformes en decir que fué aragonés, afirmación del todo inexacta, ya que él mismo se llama *natural de la ciutat de Valencia*, por lo que únicamente puede ser calificado de aragonés en el sentido de que descendía de una familia de judíos aragoneses, convertidos al cristianismo al principio del siglo XV» *. En 1481 obtuvo Santangel, de Fernando de Aragón, el cargo de Escribano de ración, «con todos los derechos honoríficos y lucrativos de tal cargo, dice Serrano y Sanz, ni tan elevado como algunos han escrito, ni tan ínfimo como otros han afirmado».

Numerosas y complicadas eran las funciones del Escribano de ración. Su obligación principal consistía en llevar cuatro

* Obra citada, pág. CII.

libros, en el primero de los cuales debía registrar los nombramientos de los servidores del palacio real, y el sueldo de cada uno; en el segundo se hacía un inventario de las joyas, armas, vajilla, ropas, retablos, ornamentos y muebles del palacio; en el tercero se consignaban los gastos diarios de la casa real, y en el cuarto los albaranes o cartas de pago, de quitaciones o sueldos de los funcionarios anotados en el primero. Además de llevar los libros mencionados, el Escribano de ración anotaba los nombres de los que comían en palacio. En tiempos de guerra las atribuciones de dicho funcionario se ampliaban: debía dar de comer y beber a jefes y soldados a cuenta de sus salarios; le correspondía nombrar los jinetes y peones que debían escoltar y servir de centinelas al monarca; y por último le competía pagar el sueldo, por trimestres, a los sirvientes de palacio.

En 1486 conoció Santangel a Colón en Córdoba. «¿Qué motivos originaron, escribe don Manuel Serrano y Sanz, las relaciones cordiales que hubo desde entonces entre Colón y Santangel? ¿Acaso el proceder ambos del judaísmo? Mientras con documentos auténticos, *no raspados ni añadidos*, como casi todos los alegados hasta ahora para demostrar que Colón descendía de judíos, no se pruebe que en las venas de éste corría sangre israelita, será infundado y temerario dar semejante explicación a un hecho que, siquiera provisionalmente, hemos de atribuir a causas distintas. Y, dejando a un lado estas cavilaciones, buenas únicamente para forjar una novela, es lo cierto que entre Colón y Santangel hubo las afinidades psicológicas necesarias para que entre ambos naciese amistad verdadera y sólida, que luego se consolidó andando los años. ¿Quién sabe si Santangel, que, como todos los de su raza, tenía especial aptitud para ver de lejos los negocios provechosos, no adivinó, por intuición de buen mercader, las cuantiosas riquezas que podían traerse de las tierras a donde quería ir Colón, y aún se regocijaba con el pensamiento de asociarse en tales empresas al nuevo amigo, que tantas grandezas prometía con sus descubrimientos? El préstamo que años más adelante hizo para el primer viaje de Colón, y el haber conjeturas no despreciables

de que acaso anticipó a éste una parte de la suma con que había de contribuir a los gastos, hacen que tal hipótesis no carezca por completo de fundamento».

Ya el mismo don Fernando Colón afirmaba que Luis de Santangel había facilitado el dinero para el primer viaje, afirmación que acogió el padre Las Casas. Este hecho, en el cual han estado de acuerdo los historiadores primitivos de Indias, como hemos visto, ha dado lugar a no pocas polémicas, y los cronistas aragoneses de los siglos XVI y XVII han gastado grandes esfuerzos en probar que el dinero salió de las arcas del Tesoro de Aragón. «Todas las invenciones de los cronistas aragoneses, escribe Serrano y Sanz, para demostrar que las Indias fueron descubiertas a expensas del Tesoro de Aragón, fundábanse principalmente en el hecho, erróneo a más no poder, de ser natural de Calatayud el Escribano de ración Luis de Santangel, y que solía residir en dicha ciudad, donde alguna vez lo visitó el Rey Católico hallándose éste en grave situación económica. De haber sabido que Santangel, aunque descendiente de familia bilbilitana, era y él se decía *natural de la ciutat de Valencia*, los mencionados cronistas no se habrían esforzado en la probanza de las tesis históricas que unos inventaron y otros acogieron y ampliaron, creyendo que realizaban una labor digna de alabanza por patriótica, ya que no podía serlo por verídica y concienzuda» *.

Sin embargo, se conservan en el Archivo de Simancas los documentos que prueban que Santangel facilitó los 1.140,000 maravedís que fueron necesarios para el primer viaje de Colón, documentos que nuestro autor transcribe íntegros en su eruditísimo estudio. De ellos se desprende que Santangel tenía una especie de sociedad con Francisco Pinelo para recaudar lo que produjese la Hermandad en Castilla y Galicia, que la cantidad indicada salió de fondos comunes, aunque la entregó únicamente Santangel. Las célebres Hermandades, cuyo origen se remonta a la Edad Media, sufrieron una transformación fundamental en

* Obra citada, pág. CXXIX.

la época de los Reyes Católicos, y poco después se refundieron en la Santa Hermandad. No era ésta un organismo autónomo, ni aún para la recaudación de los tributos, los que eran cobrados por medio de arriendos y delegaciones; de aquí que Pinelo y Santangel se encargaran de la recaudación de las rentas de la Hermandad en 1490, durante un trienio. Uno de dichos documentos deja constancia de que, no habiendo cobrado el Escribano de ración el préstamo que había hecho, se le admitía como descuento de lo que él y Pinelo habían cobrado de la Hermandad, «En lo del 1.140,000 maravedís que parece que prestó el Escribano de ración, dice el documento, para el despacho del Almirante de las Indias, sobre que a Vuestras Altezas escriví que hasta ver las otras quantas de Luys de Santangel no ge lo pasavamos en quenta...» *.

IV

La leyenda queda destruída. Pero no por eso pierde ella los seductores contornos del más bello símbolo, revelador de la preclara acción de la reina. «Aunque la acción de Isabel fuera menos heroica e independiente de la de su marido de lo que algunos biógrafos entusiastas gustan de representar, escribe un historiador desapasionado, es cierto que sin ella no hubiera Fernando favorecido la expedición. Atendiendo al conjunto de las circunstancias y a su carácter, no es seguro el censurarle excepto en lo que se refería a consentir condiciones que sabía claramente no podría cumplir. Pero el idealismo de Isabel, en este caso, era más cuerdo que la prudencia práctica de Fernando, por lo que toca a los resultados que inmediatamente se siguieron, y a Isabel la Católica debe atribuirse la gloria de haber ayudado a Colón, más bien que a Fernando, que, con resistencia, se dejó persuadir» **.

Desterremos, pues, de los libros y de la cátedra la vieja leyenda, ya que, si es penoso desechar una poética ficción, es más noble rendir tributo a la perdurable eternidad de la verdad.

* Obra citada, pág. CXXXIV.

** Martín Hume, *Reinas de la España antigua*, pág. 89.

Aliste, el Sepulturero.

EL viejo Aliste no era un cualquiera. Además de ser el enterrador de cuantos voluntaria o impensadamente morían, se había cultivado para ornato propio una larguísima barba de oro descolorido que casi le bajaba hasta la cintura. Esa barba, aparte de asemejarlo bastante a San Emeterio, cuando hacía viento huía de su cara y tremolaba como una bandera indígena. Era su gran orgullo.

Nadie hablaba de ninguna otra característica suya. Su pasión por el aguardiente no se advertía, y su inclinación a los naipes no daba para comentario; pero la barba... Había sujetos que sabían todo lo que a ésta se refería: Aliste desconocía la navaja, y por conservar su barba más de una vez había rechazado sumas de dinero.

Cuando alguien perdía su vida, y en consecuencia era menester construirle ataúd, Aliste poníase un delantal que tenía una cartera desmesurada. La cartera era de su invención y le servía para preservarse la barba de los dientes del serrucho.

Los forasteros no partían sin conocerle.

—Qué barba más notable tiene Ud.—solían decirle.

—Sí. Así es—respondía—. Si Dios le da a uno pelos no es seguramente para rapárselos.

Este diálogo, esencialmente idéntico, veníase repitiendo desde la guerra con el Perú. Formaba también parte de su personalidad.

Fuera de tener tanta barba, Aliste era un viejo de palabra torturadora. Su conversación, a menudo, tenía por infinito el recinto del cementerio. No pensaba que éste fuese el lugar espantable donde uno necesariamente termina por pudrirse. No. Por el contrario. Le parecía la mejor y más ideal morada.

—Se está tan bien ahí—decía—. Todo el día están cantando los pájaros y, naturalmente, lo hacen harto mejor que la Rosalinda. Y cuando ya no hay sol se oye el coro de los sapos. Con el permiso de Dios, prefiero eso al canto de la iglesia. En la noche también se escucha algo: por el barranco el río corre saltando y despeñándose. Al principio esa música no gusta, no puede gustar; pero después uno va comprendiendo. Mientras dura el invierno es una masa de agua sorda y apresurada, y el verano es sólo una brazada de gotas que va resbalando de piedra en piedra. Alguna vez un galope lejano, un mujido o el viento, que se pasea por el bosque, agregan algo al canto de la noche.

Algo vale estar muerto... Cuando nadie permanece en pie y la oscuridad es absoluta, los difuntos se ponen sus túnicas blancas y se van por las calles visitando a los parientes dormidos. Entran donde más les place, ven lo que sucede y se vuelven.

Ellos han pagado su dita. Ya nada tienen que ver con penurias. Si quisieran podrían aguardar el Día del Juicio con una mano sobre la otra, así como los que han terminado su quehacer; pero ellos no se cansan de velar por sus parientes, y hasta se afanan en desenbrutecerlos un poco. ¡Nada consiguen al fin!

Los pobres ni se dan cuenta del significado de tales visitas. Creen, cuando un finado les carga, que éste necesita misas. Es para reirse... porque esa manera de entender no aprovecha sino a los curas.

Si la gente fuera menos pasada por agua, se preocuparía de su propia alma y, llegada la hora, podría presentarse al Señor en mejor sacha; pero ¡qué le vamos a hacer! Cada cual llena bien su plana sólo cuando la suerte le acompaña. Ahí tienen a don Manuel Albornoz. Ese viejito vivía como se debe. Se habría

ido a la Gloria de un viaje. Era cuestión de esperar. Empero lo matan y se saca la rifa, porque llega al cielo sin dilación. ¡Feliz él que ya está libre de penurias y cuidados!

En cambio los desgraciados que le dieron el bajo por una friolera, estarán en la cárcel hasta que les salgan canas verdes. Y después seguirán viviendo en espera de la muerte, tal vez llenos de achaques, despreciados, quizás sin amparo de nadie, qué sé yo. Es posible que el Señor se compadezca y únicamente les mande al Purgatorio, o les haga volver a la tierra para que sufran los males que causaron a sus semejantes. Ahora, si les hunde en el infierno, ¿quién podrá aliviarles? Allí se estarán quemando hasta la consumación de los siglos, tendrán que trabajar por fuerza y no dejarán de penar jamás. Hay que ver.

Ese hay que ver era el puente por donde su discurso se iba del asunto. Un recuerdo, la aparición del crepúsculo, tal o cual rumor distante abrían nuevas compuertas en su cabeza. Con las mismas palabras envolvía otras ideas y seguía deleitando a los clientes de don Nazario.

Los peones de terrosa piel, los artesanos lerdos y los arrieros de expresión astuta, todo ese atajo de individuos que no puede asociar sino objetos, y que no podría penetrar los versos de Pablo Neruda, aunque viviese tantos años como Matusalén, vivía en la penumbra de El Tropezón un instante de alba espiritual.

Y don Nazario... ¡Hay que ver! Don Nazario estaba tras el mostrador casi yerto, mirando y oyendo desde la altura, navegando entre las palabras y arrobado como los moradores del paraíso de Brahma. ¡Hay que ver!

Se dejaba conducir por la generosidad hasta el punto de vender el aguardiente al costo.

La tertulia era numerosa. El mismo Tristán venía a festejarse, acaso para olvidar a los difuntos malignos que le corrían los entierros; pero la visita más decorativa no era Tristán sino Damián Pulido. Los demás llenaban los huecos, completaban el cuadro, servían de resonancia. Agradaba verlos oscilar en la penumbra.

—Dígame, Aliste, ¿de dónde saca usted tantas cosas?—preguntaba el dinámico Pulido.

El sepulturero explicaba ese fenómeno.

Yo mismo no lo sé bien... Me figuro que en la cabeza tengo una bolsa; pues, apenas digo una palabra, todas las demás van cayendo sin remedio, casi contra mi voluntad. Es cierto que cuando uno larga cuanto se le viene a la cabeza, se le para la lengua sin forzamiento.

Y en cada punto aparte Aliste purificaba su voz vaciándose una copa de aguardiente. Era el guía de la reunión. Claro es que tenían razón al admirarlo. En su frondosa cabeza se almacenaba la más amplia sabiduría popular. Conocía el anecdotario del pueblo desde medio siglo, sabía leyendas de innumerables tierras, tenía conocimientos objetivos sobre las creencias, gozaba de cierta iniciativa interior y malgastaba preciosas horas en indagar cuanto podía ocurrir entre los quinientos pobladores de la aldea.

Donde Aliste abría camino propio era en la calificación de los fenómenos. Las ideas y las figuras, la realidad y la fantasía ocupaban el vasto pero único plano de su cerebro. Él, si no cubría la verdad desnuda con el manto diáfano de la fantasía, no era por oposición a Queiroz. No. De ningún modo. Era porque una y otra le interesaban igualmente. Hablaba de la trilla y del Infierno como de hechos próximos y convergentes.

Si en mis manos hubiese tenido la lámpara de Aladino y el don de llegar hasta su interna galería de imágenes, no me habría extrañado ver pasearse a Dios y al Alcalde de Alhué por las calles de su alma.

El aguardiente, que don Nazario olvidaba cobrarle, y su propio discurso le producían una pesada embriaguez. Echaba sus piernas al camino y se iba a su casa caminando de un lado a otro, como si el centro del horizonte pudiese cambiar de ubicación.

En las noches cerradas, cuando el contorno no era sino una masa de sombra blanda y flotante, su cuerpo perdía la consistencia y también la estatura normal. Daba un paso y el pie

demoraba casi infinitamente en alcanzar la tierra. El suelo se algodnaba; pero más lamentable aún era el paso por la vereda del bosque. Tenía que inclinar su cabeza para evitar que las manos de los árboles le tiraran los cabellos. Desde ahí avanzaba con mayor lentitud, porque ni siquiera percibía el ruido de sus pisadas. Costábale precisar si se había detenido o seguía la marcha. Eso le hastiaba y resolvía no preocuparse hasta que su mano diera naturalmente con la puerta de su casa.

Cuando Aliste bordeaba ese punto de su paralogización era seguro que yacía en el camino, formando un haz con la tierra y con la infinita sombra de la noche.

El pobre viejo, sin sospecharlo, dejaba su cuerpo ahí tendido y seguía tranqueando invisiblemente. Pero no llegaba a su destino. Esto lo advertía cada cierto tiempo. Por consolarse pensaba entonces que las calles son más cortas, y apretaba la marcha. Mas su casa no aparecía. Era como si todas las calles se alineasen unas tras otras ante sus cansados pies. ¡Qué contrariedad más grande!

Resignado, seguía aplastando el polvo del callejón, deseoso de avistar la luz familiar que le aguardaba hasta el alba y atento al canto del río que oiría seguramente en el minuto próximo. Por fin, y este fin demoraba en llegar, su mano caía sobre el picaporte. ¡Qué júbilo el suyo! Con sólo cargar el puño la puerta se abriría rechinando.

Pero su expectativa fallaba. La puerta, la vieja puerta de dura madera, no cedía. Y ahí se quedaba tiritando y pensando en todas esas maldiciones que tiene la virtud de mejorar la temperatura.

Antes, a una hora sicológica, la mujer de Aliste venía en busca suya; pero desde que el Señor quiso llevársela, esa función desapareció.

El viejo permanecía en tierra roncando como en su propio lecho, eso sí que menos seguro. Ahí estaba expuesto a ser pasto de las inmundas sabandijas del bosque y de todos los seres nocturnos. Sólo por complacencia del destino no mordía su cuerpo el reumatismo o la helada.

A veces el asno solía estar en las proximidades del bosque y acudía en amparo del ebrio sepulturero. Resoplaba en las propias barbas del viejo, rebuznaba en su oído o le advertía su presencia palpándolo con una de sus patas. Aliste readquiría el dominio de sus sentidos por la vía del espanto. Pero se reponía luego y comenzaba a izarse sobre sus cansados miembros.

Y reemprendía la marcha. Caminaba llevando un brazo sobre el cuello del asno. Este se dejaba conducir y soportaba con paciencia evangélica las confidencias que Aliste le iba vaciando en su oreja.

El pícaro viejo se emocionaba con el asno y declaraba quererlo como si fuera su propio hijo.

Eduardo Solar Correa

La reforma del programa de castellano

LOS DEFECTOS DEL PROGRAMA ACTUAL

DESDE hace tiempo se viene hablando, entre los profesores de castellano, de la necesidad de una reforma en el programa de esa asignatura y, según entendemos, ella se halla ya en estudio y en muy buenas manos.

El problema, mirado en conjunto, no es, a nuestro juicio, tan complejo como podría suponerse, ni sería justo abominar del programa actual, estudiado y redactado por personas muy idóneas.

Los reparos más serios que suelen hacerse—y que varios años de práctica han puesto en relieve—se reducen tal vez a dos:

1. Exagerado número de materias; y
2. Dificultad que ofrece la enseñanza de la literatura arcaica.

NECESIDAD DE REDUCIR LAS MATERIAS

El primer punto, para cualquiera que haya profesado una cátedra de castellano—me refiero especialmente a los años cuarto, quinto y sexto—tiene el carácter de una verdad matutina. Es imposible pasar en un año escolar la enorme lista de asuntos comprendidos en los programas de dichos cursos, pasarla—se

entiende—en una forma medianamente provechosa. Sólo puede hacerse un estudio superficial en que la memoria ocupa el principal papel. Un profesor que pretendiese explicar a fondo algunos puntos y hacer razonar sobre ellos a sus alumnos, o que quisiese ejercitar a éstos—detenidamente—en la redacción, se encontraría con que el año había expirado y la mitad del programa aun no había sido visto.

En el plan de sexto año, existe una nota que dice: «Dada la insuficiencia del tiempo destinado a esta enseñanza, podrá el profesor tratar uno solo o dos, según los casos, de los autores designados en cada una de las letras de este programa».

Indica esta frase que los propios autores del programa comprendieron—por lo menos tratándose del sexto año—que aquel extenso número de materias era inabarcable en un año escolar. Cabría preguntarse ¿por qué no redujeron entonces las materias? ¿por qué dictaron un programa que ellos mismos estimaban irrealizable en la práctica? Hecho, en realidad, sorprendente; pero hay algo peor, y es que en los exámenes suele exigirse todo, absolutamente todo el programa, y aún a veces más. De manera que el defecto que creyó evitarse con la paradójica nota no se evitó, y aun se ve agravado en muchos casos.

Circunstancia es ésta que prueba que el mal se halla, no sólo en los programas, sino también en el criterio de los maestros. La mejor de las leyes como el mejor de los planes universitarios fracasará siempre, mientras los encargados de aplicar unas y otros no interpreten debidamente su letra y su espíritu.

Pero de los dos problemas, éste es el más sencillo. Bastará concretar aquellas largas listas de autores a las figuras más culminantes y significativas de cada época, exigiéndose que se les estudie profundamente, no tanto en los detalles biográficos y bibliográficos—no siempre interesantes y trascendentes,—sino en su espíritu y en su obra, mirada ésta como expresión humana, como arquetipo de una escuela o tendencia estética y como símbolo de una época, ya sea—según los casos—en el triple aspecto político, intelectual y social, ya en uno solo de ellos.

El libro de tiempos pretéritos, lejos de aparecérsese como fría momia, cobraría vida e interés a los ojos del estudiante; y éste aprendería a leer con amor las obras maestras del idioma, exprimiendo de ellas su jugo vital; y luego, fruto natural de esa lectura apasionada, vendría el conocimiento de la lengua y el gusto por el buen decir, que en último análisis, debe ser la verdadera finalidad de la asignatura a que nos referimos.

Más adelante tendremos ocasión de insistir sobre la conveniencia de mirar el problema desde los puntos de vista indicados; pero ya que hemos insinuado aquí la necesidad primordial de que el niño salga de las aulas redactando convenientemente, nos atreveríamos a proponer—como un medio de contribuir a ese ideal—que se asigne en los exámenes mayor importancia a los cuadernos de composiciones hechos en el año. Si se llegara a que la nota media de éstos constituyese la mitad de la prueba, o sea, que la nota de los cuadernos se sumase a la del examen oral y ambas, divididas por dos, produjesen la nota definitiva, se daría, sin duda, un gran paso en el sentido de fomentar la buena redacción de los jóvenes, hoy día detestable en la mayoría de los casos.

No ignoramos que el nuevo método de exámenes consulta una prueba escrita, pero ella no contribuirá gran cosa a mejorar ese termómetro de la cultura del individuo que es el lenguaje y el estilo. Tal resultado no podrá alcanzarse sino mediante una labor paciente y metódica, una labor de todo el año en que de consuno cooperen el maestro y el alumno. Es preciso corregir la natural inexperiencia del niño, pero aún más la tendencia de nuestra raza a la improvisación, a hacer las cosas de cualquier manera, sin amor, y esto jamás podrá conseguirlo la precipitada prueba escrita, de fines de año.

Ante todo debe considerarse, sin embargo, la reducción del programa. Ese es el quid de la cuestión. Cambiar los rumbos en uno u otro sentido sería inútil si en las clases de castellano se hubiese de continuar el vertiginoso desfile de nombres de autores y de obras a que obliga el actual plan universitario.

PROYECTO DE INVERTIR EL ORDEN DE LAS MATERIAS

El otro punto—el de la dificultad que ofrece la enseñanza de la literatura arcaica—es quizás más debatido, pero no menos soluble.

Cúlpase, en general, de esta dificultad al hecho de encontrarse su estudio situado en el cuarto año de humanidades, época en que—según se dice—los estudiantes no están aún en situación de apreciar y gustar las primitivas manifestaciones de nuestra lengua.

Buscando una solución a tal inconveniente, se ha propuesto la traslación del estudio de la literatura preclásica al sexto año y el de la literatura moderna al cuarto, o sea, invertir el orden natural de las materias.

Si hemos de hablar con franqueza, no titubearemos en afirmar que el remedio resultaría mucho peor que la enfermedad. El defecto o inconveniente que se procura salvar está hoy localizado en el cuarto año y con el cambio que se intenta no se conseguiría sino hacer defectuoso todo el programa, lo que significaría un mayor mal.

En términos generales, el nuevo programa distribuiría las materias así:

Cuarto año: Literatura española moderna (siglos XVIII, XIX y XX).

Quinto año: Literatura española clásica (siglos XVI y XVII.)

Sexto año: Literatura española preclásica (siglos XII, XIII, XIV y XV).

Primera dificultad que este sistema acarrearía. Dentro de cada año ¿en qué orden se estudiarían las materias? En el IV ¿se comenzaría con el siglo XVIII, se seguiría con el XIX y después con el XX? Si así se hiciera tendríamos que la época más incolora y menos española de las letras peninsulares serviría de introducción al estudio de ellas: lo que parece absurdo. Tendríamos, además, que el alumno de cuarto, que al terminar el año estaba viviendo—literariamente—en pleno siglo XX, debería

saltar de súbito al siglo XVI, con que se iniciaría el estudio de quinto año, y al finalizar éste, al siglo XII, con que se iniciaría el estudio de sexto. Verdaderos saltos mortales capaces de hacer perder el sentido a personas mucho más reflexivas y conscientes que los estudiantes chilenos de humanidades, a menudo inaptos para el más elemental raciocinio, mentes saltas de orden lógico, incapaces con frecuencia de hilvanar una frase congruente y completa. ¡Ah, el rompe-cabezas de los profesores de castellano! Enseñar a pensar y a expresarse en forma ordenada y clara. Y que no lo consiguen en la mayor parte de los casos ha podido corroborarlo cualquiera que haya asistido a esas asambleas estudiantiles—de estudiantes universitarios—verdaderas palestras de incongruencias ideológicas y desorden sintáxico. Verlos hablar deja en el ánimo la más penosa impresión. Es una lucha trágica entre la voluntad que quiere y la inteligencia que no puede. Cada cerebro remeda un pequeño caos que se revuelve en sí mismo sin que nunca suene la hora del *fiat lux* salvador, y el incipiente tribuno recobra su asiento sin que nadie quede enterado de lo que dijo o de lo que quiso decir..., aparte de algunas frases hechas, tan sonoras como huecas y vulgares, que tienen la virtud de mostrarnos otra zona baldía de esos mismos cerebros: la falta de educación estética.

Volviendo a nuestro programa de castellano, supongamos que sus reformadores—consecuentes con la índole de la reforma—eviten en el aprendizaje de la literatura los saltos mortales de que hablábamos, y exijan un estudio ordenado y metódico, pero de adelante para atrás. Es decir, se comenzaría en cuarto año estudiando el siglo XX hasta terminar en el sexto con el siglo XII.

¿Qué ventajas aportaría este sistema?

La única que se hace valer es que la literatura arcaica, en vez de estar situada en el cuarto año, como ahora, quedaría en el sexto, cuyos estudiantes, con dos años más, con mayor cultura y preparación, estarían en situación de interesarse por esa literatura que no interesa a los de cuarto.

Supongamos que así ocurra y procuremos sopesar este hipo-

tético provecho con los inconvenientes que de la misma reforma se derivarían.

Para poder apreciar con justeza las ventajas o desventajas de una reforma como esta, es indispensable elevarse por sobre el detalle y mirar las cosas en conjunto. Hay que examinar si la reforma es útil para la cultura literaria general del niño—que es lo que importa—o si sólo se beneficia una sección de ese estudio, perjudicándose el conjunto.

No tememos engañarnos al sostener que, en el mejor de los casos, ocurriría lo último. Concedamos que los jóvenes de sexto año—por la circunstancia de pertenecer a dicho curso—llegaran a interesarse por los monumentos primitivos del idioma y adquirieran nociones conscientes de filología y gramática histórica.

Pero ¿cuál es el objeto de la enseñanza de castellano? ¿Formar eruditos en ciernes y aprendices de filólogos o proporcionar una cultura literaria amplia que, capacitando a los jóvenes para expresarse con claridad y corrección, les procure una idea general del origen y desarrollo de nuestra literatura y nuestra lengua?

Pensamos que lo postrero, y en este caso la reforma no podría menos de ser funesta. Sería agravar el mal de que adolece todo nuestro sistema universitario, señalado y estudiado con gran acierto por el señor Rector de la Universidad de Chile, don Claudio Matte, en unos substanciosos reportajes que no ha mucho vieron la luz en *El Mercurio* de Santiago, esto es, sería ahondar en el mal de los especialistas que, enamorados de su especialidad, olvidan el objeto y el interés general de la enseñanza.

El sistema de aprender una literatura en forma regresiva—sea por medio de saltos o siguiendo un estricto orden cronológico a la inversa—es de todo punto inaceptable: es un sistema, a nuestro juicio, fundamentalmente erróneo, cuyo único mérito sería el de su originalidad, pues no sabemos que en parte alguna del mundo se haya ideado nada semejante.

El desarrollo de una literatura es esencialmente evolutivo; todo en ella está ligado, concatenado; sus diversos fenómenos

tienen a menudo entre sí la relación de causa a efecto: entre una época y otra época, entre una obra y otra existe con frecuencia tan íntima trabazón que no es fácil comprender una sin conocer la que la ha precedido y muchas veces engendrado, ya sea por estímulo directo, ya como reacción.

Imposible, por ejemplo, penetrar el por qué de la edad de oro de la literatura castellana si no se han estudiado los siglos anteriores, sobre todo el siglo XV en que se preparó y realizó la unidad política española y se introdujo en la península la simiente del Renacimiento Italiano; quien no conozca previamente el período neo-clásico del siglo XVIII, jamás llegará a comprender el significado del Romanticismo del siglo XIX, y quien no conozca éste no se explicará el Realismo que le siguió; incomprendible será siempre la aparición «El Quijote» para quien nada sepa de «La Celestina» ni del «Amadís», y «El Lazarillo» para quien ignore «El Libro de Buen Amor» y la obra del bachiller don Fernando de Rojas; para apreciar el teatro clásico español y la magna figura de Lope, es indispensable saber de la tragicómica historia de Calixto y Melibea, de los balbucesos dramáticos de Encina y Lope de Rueda, del viejo antagonismo entre poetas eruditos y populares, etc., etc.

En una literatura nada surge por generación espontánea. Todo tiene sus causas y antecedentes. Ningún fenómeno literario—salvo excepción rarísima—puede ser explicado aisladamente y en sí mismo*.

Tal afirmación tiene el carácter de una verdad incontrovertible y de ella fluye la necesidad absoluta del orden sucesivo y cronológico en el estudio de la historia literaria.

Dislocar las materias, estudiar épocas y obras sin conocer las que les han precedido constituiría un defecto vital: se estudiaría mal toda la literatura—no solamente la arcaica— y se fomentaría en el espíritu de los alumnos la falta de orden, de método,

* Podría objetarse que para comprender una literatura es muchas veces necesario estudiar otras extranjeras que han influido en ella y que, sin embargo, no se hace así. No hay duda, pero este defecto o vacío inevitable en ningún caso autorizaría para incurrir en otro mayor y perfectamente evitable.

nativa en ellos; y el profesor carecería del acicate de la inteligencia que es el obligar a los estudiantes a rastrear, a descubrir por sí mismos, el origen y las causas de cada fenómeno literario.

LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA ARCAICA

¿Qué se diría de un arquitecto que imaginase construir primeramente el segundo piso de un palacio, y después el primero, y por último los cimientos?

Aceptemos, sin embargo, que al arquitecto de almas que es el maestro le sea permitido emplear semejante orden constructivo y que, tratándose del idioma patrio, llegue a enseñar la literatura moderna antes que la clásica y ésta antes que la arcaica.

Pero ¿se conseguiría el resultado apetecido? ¿Los alumnos de sexto año se encontrarían, realmente, en situación de gustar las letras preclásicas y de interesarse por los problemas filológicos que les son inherentes?

Arduo problema. Al iniciar el estudio de los monumentos arcaicos habrían ya estado en comercio espiritual con los modernos autores españoles, habrían sentido en sus páginas vibrar la sensibilidad de su siglo; sus jóvenes inteligencias, despertadas al calor de las ideas nuevas, hallaríanse moldeadas en ellas, y su gusto estaría, por decirlo así, aclimatado al estilo más liviano, sutil y sugerente de las obras de nuestros días.

En tales circunstancias, ¿sería fácil retrotraer su mente a las primeras manifestaciones literarias de la lengua, hacerlos interesarse por aquellos poemas ingenuos y, muchas veces, de indigesta lectura? ¿El arte limitado y rudo de estos escritores y su cultura primitiva y sencilla no es probable que estén mucho más en consonancia con cerebros infantiles que aun no conocen los refinamientos del arte moderno, que aun no han vibrado con la moderna sensibilidad?

Una buena reforma de nuestro programa actual podría sintetizarse en cuatro palabras: suprimir datos y ahondar ideas.

En la literatura arcaica convendría, no la traslación de la materia a otro año, sino dejarla donde está, que es su puesto natural y obligado, pero hacerla más agradable y accesible a los alumnos.

¿En qué forma? Sería suficiente, para ello, simplificar el programa, dejándolo reducido a un *mínimum indispensable*, ahondar en la significación espiritual de los monumentos primitivos antes que en su letra, relacionar estas obras con la vida y costumbres de su tiempo, estudiar debidamente—lo que hoy no se hace—las diversas regiones de España con sus características geográficas y psicológicas, cuya diferenciación tendrá más tarde tanta importancia en los diversos caracteres de la literatura española; en suma, insuflar la vida—y con ello interés—en lo que hoy es erudición monótona y fría.

LA LECTURA DE LOS TEXTOS ARCAICOS

No pequeña importancia para conseguir este resultado tendrá el que se provea a los estudiantes de textos de lectura que se hallen a su alcance. Los que actualmente se emplean están, sin duda, hechos con gran conocimiento de las letras arcaicas, pero no son pedagógicos. Los trozos de estas antologías se han tomado con científica escrupulosidad de las ediciones más exactas y perfectas que la erudición haya publicado. Para el estudio del *Poema del Mio Cid*, por ejemplo, se insertan trozos de la magistral edición anotada de Menéndez Pidal, verdadera golosina para eruditos y filólogos, pero incomprensible e ilegible para estudiantes de humanidades y aun para muchos bachilleres. La lectura del castellano arcaico ofrece a personas no avezadas casi tanta dificultad como ofrecería la lectura del italiano o el portugués a quienes ignoran dichas lenguas.

Léase cualquier trozo tomado al azar del *Poema del Cid* (edición de Menéndez Pidal):

Todos essa noch foron á sus posadas,
mio Çid el Campeador al alcaçer entrava;
reçibiólo doña Ximena e sus fijas amas;

— «¿Venides, Campeador, buena cinxiestes espada!
 «Muchos días vos veamos con los ojos de las caras!»
 — «Grado al Criador, vengo, muger ondrada!
 «Yernos vos adugo de que avremos ondrança;
 «Gradímelo, mis fixas, ca bien vos he casadas!»

(*Cantar segundo*)

Nos defiene por nada el que en buena ora naçió
 calças de buen paño en sus camas mefió,
 sobrellas unos çapatos que a grant huebra son.
 Vistió camisa de rançal tan blanca commo el sol,
 con oro e con plata todas las presas son,
 al puño bien están, ca él se lo mandó:
 sobrella un brial primo de çiclatón,
 obrado es con oro, parecen por o son.
 Sobresto una piel vermeja, etc.

(*Cantar tercero*)

Hemos transcrito dos trozos cualesquiera, no de los más difíciles. Empero, estamos ciertos de que un hombre de los que suelen llamarse ilustrados entre nosotros, un profesional por ejemplo,—no ya un alumno de cuarto o de sexto año—soportaría con trabajo la lectura de cinco o diez páginas similares y al terminar—si fuese sincero—nos diría que había entendido poco y que se había interesado menos.

Obsérvese, por otra parte, que los textos que se ofrecen a los jóvenes estudiantes, en su severidad erudita, conservan la inestable ortografía primitiva: allí se puede leer *averes*, *dezir*, *compaña*, *enbiar*, *cavallo*, *avrá*, *onor*, *ospedar*, *suzio*, *bivo*, etc., etc.

Todo esto tiene dos inconvenientes serios: es el primero que se hace a los niños más engorrosa la lectura de los preclásicos, y el segundo, que se contribuye a perturbar su ortografía, a menudo insegura y defectuosa, aun después de abandonar las aulas secundarias. Los examinadores de bachillerato no nos dejarán mentir: hablese con cualquiera de ellos y se le oirá decir, desalentado, que el ochenta por ciento de sus examinandos, en las pruebas escritas, no sólo redactan mal, en forma a veces ininteligible, sino que aun incurren en numerosas y graves faltas ortográficas.

Mucho, sin duda, se remediaría, en uno y otro sentido—es decir en la dificultad de leer los textos primitivos y en el perjuicio que dicha lectura ocasiona a la ortografía infantil—si se acordara proporcionar a los alumnos versiones, no eruditas, sino modernizadas, pero que conservasen su sabor arcaico. Existen algunas excelentes, v. gr. la versión del *Poema de Mio Cid* de Pedro Salinas. No obstante, para que el alumno pueda conocer siquiera de *visus* la forma original en que aquellas obras fueron escritas y apreciar—con la ayuda del profesor—las transformaciones y deformaciones del idioma, sus alternativas y vicisitudes, convendría que en los textos el estudiante encontrase vis a vis ambas versiones: la original y la traducida a lenguaje moderno.

Y así los alumnos de cuarto año podrían llegar hasta deleitarse con la lectura de las obras preclásicas. La psicología infantil—es útil recordarlo—tiene mucho de la psicología primitiva, y quizás siguiesen el relato de las proezas e infortunios del Campeador de Vivar con un interés pariente del éxtasis con que nuestros lejanos abuelos los escucharon en plazas, campamentos y castillos de labios de un pobre y vagabundo juglar.

Pero si ni siquiera entienden lo que leen, ¿cómo puede soñarse en interesarlos?

Una lectura de la índole que sugerimos no proporcionará a los jóvenes un conocimiento científico o erudito de los libros arcaicos; pero, en cambio, se habrá logrado que los conozcan—que conozcan su espíritu y sentido, que es lo más importante—y que no cobren aversión a su estudio. Y entonces podrá esperarse que, más tarde, con la capacidad suficiente, atraídos por el grato recuerdo de los viejos versos leídos en los bancos escolares, vuelvan a ellos emocionados y anhelan paladearlos en sus fuentes primeras.

IMPORTANCIA SECUNDARIA DE LA GRAMÁTICA

En el proyecto de trasladar el estudio de la literatura preclásica al sexto año, se enfoca principalmente el interés gramatical y filológico.

A nuestro parecer, es una verdadera ilusión, tal vez un trabajo perdido, pretender introducir a los jóvenes en los secretos de la filología sin previo conocimiento del latín *. Todo estudio filológico del castellano, por elemental que sea, sin la base latina es simplemente un castillo de naipes, un puro ejercicio nemotécnico sin ventaja alguna.

No es posible olvidar, por otra parte, que dicho estudio sólo tiene una importancia secundaria dentro del plan general del ramo a que nos referimos, y no sería dable perjudicar el conjunto en atención a él. De los estudiantes de humanidades tres o cuatro entre mil puede que se interesen por la ciencia filológica—ciencia de especialistas—y aun a estos pocos les serán de escaso servicio los rudimentos aprendidos en las aulas secundarias, debido a su inconsistencia, a su falta de base.

Lo esencial es que el alumno aprenda a amar la lectura, a hablar y escribir de modo satisfactorio, a discernir entre una obra de mérito y otra sin valor, y en fin, a formarse un concepto preciso, aunque sintético, del espíritu y desarrollo de la lengua y literatura españolas en relación con la vida política, intelectual y social de la península.

Y nada de todo esto enseña la ciencia de Bello y de Hanssen. Allá por el siglo V antes de Cristo, en la Grecia de Pericles, nadie conocía la gramática ni de nombre ** y floreció, sin embargo, la más brillante constelación de pensadores, escritores y artistas de que pueda enorgullecerse la Humanidad.

La gramática y la filología son ciencias auxiliares que deben conocer a fondo los eruditos en disciplinas lingüísticas y literarias, y los maestros del ramo, pero no hay para qué atiborrar con ellas las mentes infantiles, inaptas para este género de estudios.

* ¡Cuántas ventajas de orden cultural, psicológico, filológico, literario y estético traería la implantación del latín! La idea, felizmente, comienza a abrirse paso, pero será preciso esperar todavía mucho tiempo.

** Dionisio de Tracia, nacido en Alejandría, una centuria antes de Cristo, es autor, según se dice, de la primera gramática griega. Escribióla, no para enseñar el griego en Grecia—lo que entonces habría parecido extravagante—sino para enseñarlo en Roma, donde profesó una cátedra de bellas artes en tiempos de Pompeyo.

Bien mirado el asunto, dichas ciencias, dentro de la asignatura de castellano, ocupan un rol semejante al que en la asignatura de historia tendrían la Paleontología, la Numismática, la Epigrafía y tantas otras disciplinas auxiliares de que el historiador se sirve en sus investigaciones. ¿Sería aceptable que, en vez de aprovechar los breves años escolares en dar a conocer a los jóvenes el desenvolvimiento de la Humanidad, los grandes hechos pasados con sus causas y consecuencias, el espíritu y cultura de los pueblos influyentes y señeros en los destinos del mundo, se entregase el profesor de historia a la árida tarea de instruir a sus alumnos en la ciencia de los fósiles, o a determinar el valor histórico de monedas y medallas antiguas, o a desentrañar el misterio de abstrusas inscripciones cuneiformes?

El aprendizaje de la gramática en la escuela secundaria, más que una necesidad, es una tradición—una tradición de veintitantos siglos—y no es posible eliminarlo; pero conviene reducirlo a ciertas ideas generales sobre las categorías gramaticales y las transformaciones y deformaciones de la lengua.

En todo caso, no es posible aceptar que, en obsequio a él, se intente alterar el orden natural de las materias, ni más ni menos que si se tratase de un juego en que barajando las cartas pudiese esperarse un mejor resultado.

UNA ÚLTIMA PALABRA

Hay cierta tendencia a confundir la enseñanza que corresponde a los estudiantes de humanidades—futuros abogados, médicos, agricultores, comerciantes, etc.—con la instrucción que conviene a los maestros. Nuestros estudios secundarios—podría decirsenos—no son en general sino una reducción o síntesis de los que se hacen en las aulas superiores.

Y no debe ser así.

Las finalidades de una y otra enseñanza son totalmente diferentes y diferentes han de ser también su trayectoria y sus medios. El programa secundario en vez de tender a hacer del niño, en cada ramo, un embrión de especialista, debería estar

dirigido a capacitarlo para cualquiera de las actividades de la vida, a abrirle horizontes, a señalarle rumbos, a despertarle ideales. Los que deseen especializarse en uno u otro ramo del saber tienen las escuelas superiores donde con verdadero provecho y profundidad aprenderán las disciplinas a que su natural los incline.

En esta confusión de los fines de ambas enseñanzas está, a nuestro ver, el error fundamental de la educación secundaria en Chile: hay que dejar la erudición para los eruditos e ir, en humanidades, a la esencia, al espíritu de las cosas. Engendrar ideas en las mentes infantiles, despertar su inteligencia, será un trabajo a la par fecundo y grato para el niño; en cambio, rellenar su cerebro con mil y mil datos—datos que se olvidan pronto y que habrá siempre que consultar en los libros—nunca podrá ser, por más que se alteren o transpongan las materias, sino una tarea fatigosa y estéril.

Joaquín Cifuentes Sepúlveda

Campanero inverosímil

LA PREGUNTA INQUIETANTE

BRAZO de este crepúsculo que nos une en la ausencia,
frente a mí, frente a tí,
como un arco encendido raya nuestros recuerdos.

Tienes de las mujeres que bailaban minuet
la armonía y el gesto
así como me miras, así... Viento amoroso.

En mis ojos indagas el anhelo inquietante.
Ahí, sobre ese valle que encajonan tus senos,
ahí está la pregunta que he de hacerle a tu vida.

Estoy mirando un cuadro de Romero de Torres:
tú eres esa que tiene la cintura tan fina,
yo ese que lleva el amplio chambergo de torero.

Brazo de este crepúsculo que se va sin dejarte,
¡el tren que se lo lleva no vuelve hasta mañana!

LA ROSA DESPRENDIDA DEL FUEGO

Incendio de los campos junto al Maule,
piedras de sangre, vastas sementeras ardientes,
chozas crespas de llamas. Tú, junta a mí, espectante.

Espejo del infierno, ladra el río en la noche,
caen robles gigantes, huyen las fieras locas.

Mi caballo tordillo tasca el freno, relincha,
salta. Te tomo en brazos, clavo espuelas...
Un rojo viento de maldición me azota el rostro.

Tú, apretada a mi pecho, jilguero de esperanza,
tiembles como una rosa desprendida del fuego.

EN LA HEREDAD

Noche apacible. Noche de mi casa de campo;
corredores severos, parronal de cien años,
árboles, flores, perros, pájaros, libros,
y, en medio, tú.

Retratos de mis padres en las murallas,
tuyos, de mis hermanos y uno mío
que encuentras parecido a Chopin.

La vieja que de chico me llevaba en los brazos
te halla muy linda y dulce.

Voy al huerto, están ávidos los naranjos, los caquis,
la higuera, los manzanos...

EL MAR ENEMIGO

La ancha ola se te encarama por la espalda,
como los verdes pinos por las laderas.
¿Contra quién esgrimiría mi verso terrible
si el mar no te devolviera?
¿Contra el adusto mar
o contra tu temeraria imprudencia?

La playa está llena de marineros.
Triunfa, desnuda ante ellos, la incitante inocencia
de tu cuerpo que el mar me roba.
¡El mar que ahora es tu esposo!

ABEJA BENIGNA

Lejos estamos hoy. Nos separan dos años
y un rudo viento obscuro que me lleva en sus ancas.
Desde aquí me pregunto primavera gozosa,
mía, milagro vivo que de lejos me besa:

¿Y mis sueños? ¿Y tú, dulce abeja benigna,
sonrisa agradecida, rama llena de pájaros?

¿Y tú? ¿Y tú?

Alta y cimbrante,
orquídea fervorosa, clara vertiente unánime.

¿Y tú? ¿Y tú?

Inquieta avispa rubia, fresca col de Chillán,
laguna inextinguible, brazado de gavillas...

¿Y tú? ¿Y tú?

LA SIMPLE VERDAD

Ahora, hombre sin cantos, te hablo en frases sencillas
lo que en largos poemas no te dije al comienzo.

No, no te extrañes. Es que ahora eres mía.

Bailan ante mi vista las siete letras de tu nombre.

Yo podría ordenarlas como para un acróstico,
pero no.

¿Y por qué no?

Verás,

Isla florida,

Oriente de mis pasos,

Lumbre mía,
En mis brazos, en mis brazos robustos
Tu cabeza pequeña,
Así, así...

Pero no, pero no;
desde que nos amamos no fui más tu poeta,
sino tu amante.

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS

Universidad de Concepción

LA ESCUELA DE QUÍMICA INDUSTRIAL EN 1925

Funcionamiento, cursos y años de estudios.—Durante el año de 1925, la Escuela de Química desarrolló con toda regularidad sus labores; funcionaron los cursos de primero y segundo años. Como se dió cuenta en la Memoria correspondiente al año de 1924, los alumnos del segundo curso en aquella época y que consiguientemente debieran haber formado el 3.º en el año de que damos cuenta, fueron suspendidos de sus exámenes en atención a su irregular asistencia a clases y laboratorios, y no se acogieron a las franquicias que les dió el Consejo de Profesores para que pudieran presentarse a exámenes en el período de Marzo pasado; de ahí, pues, que no hubiera funcionado el tercer año en el período de que damos cuenta.

Dando cumplimiento a una antigua aspiración de la Escuela, funcionaron además en el año de 1925 los cursos especiales de Mecánica, Dibujo, Electricidad y Máquinas de Combustión Interna, bajo la dirección del profesor de dichos ramos en nuestra Escuela, señor Arpelices Morales D. Más adelante se dará cuenta detallada de dichas actividades y sus resultados.

En el presente año de 1926, funcionan tres cursos, esto es, primero, segundo y tercer años.

Laboratorios.—Corresponden a esta Escuela los laboratorios que más abajo se expresan. De entre ellos, los de Química In-

orgánica y Analítica sirven también para la enseñanza de dichos ramos en la Escuela de Farmacia y de Medicina.

Según el balance practicado en 31 de Diciembre pasado, el valor de los laboratorios es el siguiente:

De Mineralogía y Microscopía.....	\$ 5,251.00
De Máquinas, Electricidad y Dibujo.....	11,013.00
De Química inorgánica.....	6,174.00
De Química Analítica.....	4,178.00
	<hr/>
Total.....	\$ 26.617.00

De entre los laboratorios mencionados, están a disposición del público: el de Química Analítica, y en él se efectúan análisis de minerales, carbones, aceites, substancias alimenticias y análisis técnicos; durante el período de que damos cuenta, se han efectuado numerosos análisis de tal naturaleza. El Laboratorio de Mineralogía está asimismo a disposición del público y trabaja en combinación con el de Química Analítica, especialmente en los exámenes de minerales. Prestó asimismo esta repartición un valioso concurso a la Dirección de los Servicios Agrícolas de la República en la confección de la Carta Agrológica de la Provincia de Concepción.

Edificación.—En el edificio en construcción, esta Escuela instalará los laboratorios de Química Industrial, Electricidad y el taller de Dibujo, y tendrá asimismo las salas de clases necesarias para su buen funcionamiento.

Alumnos titulados.—Durante el año de 1925 se recibieron de Ingenieros Químicos de nuestra Universidad los siguientes jóvenes: Sofanor Carrasco, Víctor Weldt, Luis Hernández, Alberto Sola y Eduardo de la Barra S., los que, sumados a los cinco recibidos anteriormente, dan un total de diez ingenieros titulados por nuestra Escuela.

Se encuentran en condiciones de recibirse, y es de presumir

que lo harán en el presente año, cinco jóvenes ya egresados de las aulas.

Todos los titulados se encuentran ocupados en las industrias nacionales, unos por cuenta propia, como ser los jóvenes Héctor Urizar y Víctor Weldt, el primero de los cuales está al frente de un laboratorio de análisis de minerales de su propiedad en Iquique, y el segundo que está instalando en Los Angeles una fábrica para la explotación del aceite de girasol, el resto colabora en diversas fábricas o industrias.

Asimismo, los no recibidos en su mayoría están trabajando en sus actividades profesionales: Alejandro Sazo como inspector de molinos de la Compañía Molinera «El Globo», Moisés Arellano, como químico en los Laboratorios de la Compañía Minera e Industrial de Chile, etc.

Cursos industriales especiales.—Estos cursos empezaron a funcionar el 1.º de Mayo con la siguiente matrícula inicial:

Máquinas de combustión interna.....	8	alumnos
Electricidad.....	35	»
Mecánica y Dibujo	6	»

Los cursos de Electricidad y Máquinas fueron desarrollados en toda la amplitud de sus programas, tanto en la parte teórica como en la experimental y práctica, y la enseñanza fué, además, complementada con la visita a varias fábricas e industrias de esta localidad.

La experiencia recogida con el buen resultado de estos cursos de especialistas confirma, en el espíritu de la Dirección, la idea de que ellos llenan una sentida necesidad a cuya satisfacción prestará nuestra Universidad una atención decidida.

Comisiones en el extranjero.—En la primera quincena del mes de Abril regresó a nuestra ciudad a hacerse cargo de la cátedra de Química Industrial, el ex-alumno de nuestra Escuela de Química Industrial, graduado Ingeniero Químico, don Enrique Madsen Th., después de haber permanecido durante dos años

en el Politécnico de Charlottenburgo (Alemania) especializándose en la cátedra citada.

Con el ingreso de este nuevo profesor a las actividades de nuestra Escuela, la enseñanza experimentará un vigoroso progreso, y el Laboratorio de Química Industrial abierto ya al público podrá ofrecer valiosos auxilios a la industria nacional.

Plan de futuro desarrollo.—Aparte de la atención preferente que la Dirección dedicará al buen funcionamiento de las labores docentes, constituirá uno de sus trabajos el velar por el buen funcionamiento de los Laboratorios a objeto de que, además de servir para el mejor éxito de la enseñanza, puedan ser utilizados por el público.

En el presente año funciona el Laboratorio de Química Industrial con material o instrumental escogido en las mejores fábricas europeas por el profesor del ramo señor Enrique Madsen Th.; los Laboratorios de Física, Electricidad y Mecánica han sido completados con numerosos instrumentos y material de enseñanza y se ha habilitado una sala de dibujo, espaciosa y que reúne todas las comodidades necesarias para la enseñanza de dicho ramo.

De esta manera nuestra Escuela de Química Industrial contará en el presente año con abundante material de enseñanza, cómodas salas de clases y espaciosos y bien dotados laboratorios, lo que permitirá dar mayor auge a los estudios y aumentar la eficiencia profesional de los alumnos.

La Escuela de Química Industrial se rigió por un *Presupuesto* anual de \$ 81,076.00, que se distribuyó así:

I.—Administración.....	\$ 5,400.00
II.—Laboratorios.....	14,708.00
III.—Profesorado.....	46,568.00
IV.—Variables (Consumo y fomento de los Laboratorios, Viajes de estudio, Biblioteca, Reparaciones, Mobiliario).....	14,400.00
Total.....	\$ 81,076.00

LA ESCUELA DENTAL EN 1925

Se ha dedicado especial atención al perfeccionamiento de la enseñanza y de los sistemas de investigación, y ampliado, en cuanto sus recursos lo han permitido, el importante rol social que desempeña la Escuela en sus secciones destinadas a la atención del público.

Con toda regularidad se ha mantenido el funcionamiento de los cuatro años escolares que forman el estudio de la ciencia odontológica en esta Escuela. Se puede anotar con satisfacción que la estadística de los trabajos efectuados en las clínicas públicas de Operatoria, Prótesis, Ortodoncia y Laboratorio de Radiología acusa un movimiento mayor que el de años anteriores.

El conocimiento que el público tiene de la buena calidad de los trabajos que se ejecutan y el módico honorario que por ellos se cobra, han permitido la atención satisfactoria de 11,263 operaciones, sin contar los concurrentes al Laboratorio de Radiología, que son, en su mayor parte, enfermos de consultorios particulares.

Los exámenes de primera y segunda promoción, rendidos ante la comisión nombrada por la Facultad de Medicina de la Universidad del Estado, han sido satisfactorios, sobre todo si se toma en consideración que estas pruebas son las más estrictas a que se somete al alumno en el curso de sus estudios.

El número de profesionales egresados de esta Escuela alcanza a 24. Seis de los alumnos del último curso se encuentran en condiciones de rendir su examen de título, y doce del mismo curso terminaron sus estudios y están capacitados para rendir el examen de segunda promoción en las fechas fijadas por la Escuela Dental de Santiago con tal objeto.

Por haberse suprimido en el presupuesto de gastos de la Escuela la partida destinada a fomento de las clases, clínicas y laboratorios, hubo necesidad de atender al mantenimiento de todas estas reparticiones con las entradas propias de la Escuela.

No fué éste un obstáculo que impidiera conservar y aumentar

en cantidad apreciable los instrumentales, instalaciones y material de enseñanza en general. Es así como contamos en la actualidad con todas las reparticiones necesarias para el correcto funcionamiento de una Escuela Dental.

En el Laboratorio de Anatomía Patológica se hicieron en el curso del año pasado importantes trabajos de investigación, que se tuvo oportunidad de presentar al Segundo Congreso Odontológico Latino-Americano, celebrado en Buenos Aires, correspondiendo un premio a la contribución experimental presentada por el Dr. Ottmar Wilhelm sobre «Timo, tiroides y paratiroides en su relación con la dentadura».

El Laboratorio de Radiología cuenta con un moderno aparato de Rayos X y material necesario para que el trabajo se haga en buenas condiciones.

Funciona esta sección una hora diariamente, atendiendo a numerosos enfermos de la Escuela y de consultorios particulares. El movimiento de enfermos aumenta de una manera efectiva, contribuyendo así a un mayor perfeccionamiento profesional, esto es, dando mayor seguridad en el diagnóstico, facilitando el estudio de las alternativas del curso y término de las enfermedades.

A objeto de que los alumnos se interioricen en las ventajas del uso del examen radiográfico, se les exige un número determinado de radiografías de sus enfermos con su correspondiente interpretación.

A fin de intensificar la labor del laboratorio radiológico se ha puesto en conocimiento de todos los profesionales, por medio de circulares, la forma y reglamentación del funcionamiento de esta sección, disposiciones que procuran una mayor rapidez y eficiencia en los trabajos. El jefe del Laboratorio está empeñado en confeccionar un archivo radiográfico con el mayor número posible de datos que sirvan de base a trabajos originales de los alumnos.

Como modificaciones al plan de estudios existente, se pone en vigencia desde el año 1926, para uniformar el plan de estudios de esta Escuela con el de la Escuela Dental de San-

tiago, el servicio de una Clínica de Piorrea, atendida por los alumnos del último curso; el de una clínica dental infantil, independiente de la Clínica de Operatoria; las clases de Física y Química aplicadas para el primer año y clases de Radiología para el último curso.

La labor futura ha de encaminarse al perfeccionamiento y mejor dotación de las diversas secciones, al mismo tiempo que a procurar la pronta construcción de un edificio especial para la instalación definitiva de este importante establecimiento universitario. La constante preocupación del Directorio en este sentido llenará cuanto antes las necesidades o vacíos que se notan por falta de un local adecuado.

El Presupuesto de la Escuela Dental en 1925 ascendió a \$ 159,448.00, y se distribuye como sigue:

I.—Administración.....	\$ 13,800.00
II.—Profesorado	36,352.00
III.—Jefes de Clínicas.....	16,380.00
IV.—Ayudantes	22,416.00
V.—Otros empleados.....	5,700.00
VI.—Arriendo.....	4,800.00
VII.—Variables (Fomento de Clases y de Clínicas, costado por la Escuela).....	60,000.00
	<hr/>
Total.....	\$ 159,448.00

INAUGURACIÓN DE LA CÁTEDRA DE FISIOLOGÍA DEL PROF. DR. ALEJANDRO LIPSCHÜTZ EN LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN

En el texto de este número insertamos la conferencia titulada *La autorregulación orgánica*, con que el profesor de Fisiología de la Escuela Médica de nuestra Universidad, Dr. Alejandro Lipschütz, inauguró, en sesión pública, su cátedra.

Con ocasión de este acto, al cual la Universidad de Concepción supo conceder toda la trascendental importancia que encierra, el Presidente de la Corporación, don Enrique Molina,

hizo la presentación del Prof. Lipschütz en un discurso cuyos términos generales transcribimos a continuación.

El señor Molina dijo, más o menos, lo siguiente:

«No pretendo presentaros al ilustre profesor Dr. Alejandro Lipschütz, que, con la conferencia que va a dictar en este momento, inicia su curso de Fisiología en nuestra Escuela de Medicina.

Bastante lo conocéis por el justo renombre de que ha llegado precedido, y a que lo han hecho acreedor sus obras e investigaciones. Quiero tan sólo dejar expresada la significación, que no vacilo en calificar de histórica, que tiene el sencillo acto que nos ha congregado en esta sala. A los hechos históricos no se les aprecia ordinariamente en todo su valer, sino cuando el correr del tiempo los ha ido alejando en adecuada perspectiva. Mas creo que algo se puede decir desde luego acerca de este suceso.

Por primera vez ocurre en una ciudad de Chile, fuera de Santiago, que un maestro de sólida reputación europea tome a su cargo el desempeño de una cátedra científica de la importancia fundamental que reviste la Fisiología.

La Universidad de Concepción siente justa complacencia por este hecho.

Las actividades primordiales de los pueblos son aquellas de orden económico encaminadas a procurar la satisfacción de las necesidades humanas vitales. Por esta razón, la agricultura, las demás industrias y el comercio reclaman en primer término la consagración de los hombres. Pero las ciencias puras, las letras y las artes son actividades desinteresadas y desprovistas de todo fin de utilidad inmediata, que suponen cierto plano de alta cultura para ser cultivadas.

Concepción puede experimentar la satisfacción de que, aunque sea modestamente y en pequeñas proporciones, se encuentra en parte ya en ese plano.

El Directorio de la Universidad ve con regocijo el buen éxito que va coronando sus esfuerzos y no los escatimará para proporcionar al doctor Lipschütz y a los demás profesores que ya

han trabajado en investigaciones y continúen trabajando, todos los elementos necesarios para que su labor científica sea satisfactoria, fecunda y provechosa.

Así, el surtidor espiritual que empieza a correr hoy ha de ser punto de partida de positivos progresos y de merecido renombre, que beneficiará, no sólo a la Universidad de Concepción, sino al país entero y aun al continente, tan poco estimado todavía en el mundo científico. Con esto se elevará nuestro ambiente y en los estudiantes que rodeen al maestro se instilará en nueva forma el suave flúido del amor al ideal.

Hombres, ideas y libros

Letras francesas

(Especial para ATENEA)

LA POESÍA

NO cabe duda: en Francia, ya nadie lee versos. Si se leen aún las obras de algunos poetas, no es por amor a la poesía, sino porque el lector corriente, lector de novelas de Pierre Benoit y aficionado a películas en serie, lee cualquier cosa con tal que le hable de amor: tal es el caso de la Condesa de Noailles. El pueblo ya no entiende de poesías. ¡Adiós sentimentalismos! Sus canciones son irónicas y saltonas, con ritmo de fox-trott y Charlestone, a tal punto, que se nos hace muy difícil comprender estados de ánimo como el del romanticismo, en que fueron inmensamente populares poetas como Víctor Hugo y Lamartine, cuyos retratos amarillentos suelen verse aún hoy en el cuartito de las «Concierges». Los nietos y nietas de los que se sabían de memoria amplios y sonadores alejandrinos, tienen héroes como Rudolph Valentino... ¿Eran más cultos nuestros abuelos? Ni más ni menos. Entonces la vida era otra... Cada perro con su hueso...

No nos apresuremos a pensar mal de nuestros contemporáneos. Escuchemos más bien el sutil comentario que hace de ese estado de ánimo Jean Prevost: «Paul Valery supone, en su prefacio a *Connaissance de la Deesse*, que el dominio poético

« se extendió antaño a todas las tendencias y a todos los pen-
« samientos humanos, y que ese dominio ha ido disminuyendo,
« a medida que fueron ganando terreno las ciencias, la filo-
« sofía, la historia, hasta dejar reducidos a los poetas a la sola
« materia de la *poesía pura*. Quizás esa regresión se haya
« hecho sobre todo en nuestro espíritu: la poesía guarda en
« sus heredades todo nuestro espíritu y nuestro corazón, pero
« la actitud que haría brotar la poesía se hace en nosotros
« más y más escasa, y sólo dura un instante. El estado poético,
« —apuesto que la mayor parte de nuestros contemporáneos
« sólo lo han entrevisto un instante,—entre la adolescencia y la
« primera madurez, entre lo verde y lo violeta del crepúsculo,
« entre el último sueño y el primer pensamiento de la mañana.
« En ese estado transitorio, más escasos aún son los que desean
« dar realidad o perfección a su emoción. Hasta los que de-
« sean ennoblecer su melancolía buscan sólo una poesía breve.
« *Los que anhelan poesía ante todo, deben renunciar violentamente*
« *a todo lo demás, a la vida diaria, al conocimiento, a la razón* ».
Hoy, no sólo no se quiere renunciar a nada, sino que se siente
apetito feroz ante la vida.

Un hecho significativo: la admirable revista fundada por
Adrienne Monnier, el *Navire d'Argent*, cuyo naufragio causó
sincero pesar a todos los fervientes de las letras, consagró
su último número a la poesía, como un buen barco de guerra
iza la bandera al hundirse, cuando ya no hay peligro que caiga
en manos enemigas. Hoy, una revista literaria que anhela vivir
no publica jamás más de un poema en cada número, y muy a
menudo, dan de vez en cuando a sus lectores la recompensa
de darles únicamente prosa... Adrienne Monnier, que conoce
mejor que nadie el mundo de los lectores, pues tiene una librería
que dirige ella misma con atenciones de sacerdotisa, escribe,
en una «Carta a un poeta»: «No hay más de cincuenta per-
« sonas que consientan en leer la obra de los poetas jóvenes, y a
« esos les piden con justicia que les traigan una tendencia o
« fórmula nueva. Evidentemente, hay una élite, digamos... de
« tres o cuatrocientas personas en París, más cien en Provin-

«cia, y cien en el extranjero (para los poetas franceses evidentemente)». Es claro que los poetas ya consagrados tienen mayor número de lectores, pero esos no tienen, para Adrienne Monnier, el valor de los que buscan, entre los jóvenes, al gran poeta de mañana, de los que fueron, «en 1913-1914, los lectores de las *Cinq grandes Odes* de Paul Claudel y de las *Odes et Prières* de Jules Romains».

He aquí pronunciados dos grandes nombres de poetas, nuestros contemporáneos. Pues sucede con la poesía francesa actual lo que pasa con las religiones perseguidas: escasean los fieles, pero los que quedan son de pura cepa; y surgen santos, mártires, grandes figuras de proa. Nombremos, junto a Claudel y Romains, a Paul Valery, a León Paul Fargue, a Jules Supervielle. Pido excusas al lector por citar otra vez a Jean Prevost, y traducir aquí el retrato sintético que nos da de los más famosos entre esos poetas, estudiando los principales resortes de su genio y reputación; nos da también el *por qué* de la distancia enorme que separa a esos poetas no sólo del pueblo francés, sino que hasta del lector mediano:

«Hoy, parece casi imposible que los poetas puedan expresar
«sentimientos normales en una forma regular. Los ritmos, las
«imágenes y las palabras están gastados. Aceptamos que se
«diferencien de los clásicos por algunos matices, con tal que
«esos matices sean nuestros; pero ellos, que son, no sólo los
«sucesores, sino los rivales de los clásicos, se obligan a
«buscar, lejos de nosotros si es preciso, caminos nuevos.

«La fuerza de Claudel ha quebrado todos los ritmos, y su
«palabra no sigue más que las leyes de su respiración: su
«poesía imita su alma, en vez de imitar su alma y la nuestra:
«es por lo cual su poesía no le bastó, y la fe católica era
«necesaria a su consuelo, a su majestad, a su mirada también
«sobre el mundo y los hombres. Creo que *L'Otage* es tan sólido
«contra los siglos como ninguna tragedia de Racine, y algunos
«entre sus cánticos son iguales a los más bellos poemas
«en todos los idiomas; pero como ha unido su fuerza a la
«voluntad de Dios y a las fuerzas de la Naturaleza, no busca

« la intimidad con nosotros o con sí mismo: es el Padre, pero
« el Padre a quien se trata de *Ud.*

« Valery ha vencido la misma dificultad, a veces evitando el
« sentimiento normal, incorporando pensamientos fuertes en sen-
« timientos nuevos y refinados, a veces evitando ser un poeta
« contemporáneo. A veces se inspira en Mallarmé, a veces su
« dúctil aplicación y su sonoridad perlada lo colocan cerca de
« la Fontaine; a veces parece haber realizado los sueños de
« Chénier, el pensamiento pagano y moderno de *Hermes* con
« mayor sutileza y soltura. Sus mejores poemas no tienen fecha;
« inhumanos por eso, quizás: un pensamiento que acepta un
« destino perecedero, que consiente en morir con su autor,
« formar parte de ese todo *qui va sous terre et rentre dans le*
« *jeu* nos es más próximo, nos hiere de más cerca,—más bajo,
« quizás, menos puramente,—que esas obras *salidas del juego* y
« entradas, recién nacidas, en la eternidad».

Al fin: nuestros grandes poetas actuales, casi siempre, hablan únicamente a nuestro cerebro. La idea de poesía se hace, cada día, más pura, más hermosa, más preciosa, más deslumbrante, pero también más lejana y fría. De aquí la tristeza inmensa que sienten los mayores poetas franceses. Paul Valery padece de un hastío devorador, de un insondable desaliento. Jules Romains nos decía hace poco que, a pesar de innumerable pruebas de admiración que recibe del mundo entero, se siente incomprendido, solitario. Fargue masca los más agrios rencores. Supervielle agrega, a las melancolías de un poeta, toda la nostalgia sur-americana. Sólo Claudel ha logrado parecer un hombre feliz, forjándose a sí mismo un mundo fantástico, de truenos y relámpagos, el mundo de Moisés en presencia de Dios.

Y eso nos hace prever una gran reacción romántica.

MARCELLE AUCLAIR.

Bernard Shaw y los médicos

El Dilema del doctor.—En esta obra teatral de Bernard Shaw, como en muchas de las suyas, lo mejor es el prefacio. De tal manera Bernard Shaw lo pone todo en el prefacio, que la obra teatral, una vez leído éste, casi no nos reserva ninguna sorpresa. No encontramos en ella sino la condensación de todas sus ideas fundamentales, sin el enmarañamiento encantador de disquisiciones, de audacias, de insolencias y de genialidades, con que el gran inglés nos introduce a las bambalinas originalísimas de su teatro.

«El dilema del doctor» no es una obra nueva en Inglaterra, pero sí lo es para los lectores de español, idioma al que acaba de ser vertido. No creo que Bernard Shaw sea un escritor leído suficientemente. El premio Nobel acaba de enfocarlo con sus rayos amarillos de francos y de publicidad, y seguramente Bernard Shaw empieza a leerse mucho más. Es difícil decir si es conveniente o no que esto suceda; para ello habría que dilucidar primero si es conveniente o no arrancarnos las ilusiones que solemos llevar con nosotros aún los más desilusionados. De mí sé decir que cada libro de Bernard Shaw me las ha arrancado a puñados, y que el dolor que me ha producido esta poda semi-salvaje, me ha hecho percatarme de que yo, que no creía poseer ninguna de tan exóticas plantas, tenía una verdadera maleza de ellas dentro del corazón.

Generalmente cuando se lee a Bernard Shaw, se le acusa de atrabiliario y el lector se pone de punta con él. Yo tengo que confesar que me ha sucedido otro tanto. Mientras me engolfaba en el nutridísimo prefacio de su «Santa Juana», abo-

rrecía sus palabras fascinadoras, y la cruda luz que arroja sobre la más asombrosa heroína católica, luz cruda y amorosa, pero demasiado radiante, para no amenguar y lastimar su piel dos veces delicada de mujer y de santa.

El fanatismo en general, es una ilusión atroz, pero no por ello es menos una ilusión, y Bernard Shaw parece dispuesto a emprenderla con todas las ilusiones que restan en la humanidad. En este último libro, las emprende contra el gran fanatismo de la medicina, que, con la religión, son los más grandes, útiles y verdaderos fanatismos que le quedan a este pobre ser civilizado que es el hombre de hoy; por cuanto el primero es la esperanza, la fuerte esperanza que hace caminar al hombre entre todo el género de muertes diversas con que le amenaza la enfermedad, con la seguridad de vencerlas, y el segundo es la seguridad de que, una vez muerto, no estará muerto de verdad sino aparentemente, porque su espíritu se irá a vivir en otras partes una vida mejor o peor, pero en fin, una vida, que resultará siempre mucho menos espantosa que la muerte definitiva.

Y cuando mal que mal íbamos tirando con todas estas ilusiones, los creyentes seguros de la vida eterna fuera de este mundo, y los no creyentes, seguros de una vida susceptible de zurcirse y volverse a zurcir gracias a los crecientes progresos de esa maga blanca que se llama la medicina y de ese mago de cualquier color que se llama el doctor, Bernard Shaw nos dice con su acento impasible de buen inglés:

«Tratad a las personas que dicen que pueden curar las enfermedades, como a los que dicen la buena ventura.

«No os empeñéis en vivir eternamente, pues no lo lograréis.

Y acaso como un consuelo:

«Usad vuestra salud aun hasta el punto de desgastarla. Para eso la tenéis. Gastad toda la que tengáis antes de morir, y no sobreviváis a vosotros mismos».

Lo peor en este libro es que Bernard Shaw no es enemigo de los médicos! Ojalá lo fuese! Siempre se desconfía de las opiniones de los enemigos, por honrados que sean, porque la enemistad se parece mucho al odio y el odio es una pasión

violenta. Todo lo contrario, Bernard Shaw parece amar a los médicos, o a lo menos tenerles buena voluntad. Todo su libro es una excusa para ellos. Absolutamente de nada les echa la culpa. Es a las gentes en general y a los clientes de los médicos en particular, a quienes Bernard Shaw lanza su «Yo acuso» con una saña y una lógica implacable. Dice:

«Cuando más tremenda es la mutilación, más cobra el mutilador. El que arregla una uña encarnada del dedo gordo del pie, cobra unos pocos chelines; el que practica una operación en las vísceras, recibe centenares de guineas...» y luego: «Voces escandalizadas murmuran que esas operaciones son necesarias. Puede que lo sean. También puede que sea necesario ahorcar algunos hombres y derribar algunas casas. Pero tenemos buen cuidado en esos casos de no consultar al verdugo y a los que manejan la piqueta. Si obráramos de modo distinto, no estaría seguro el pescuezo de nadie ni la casa de nadie quedaría en pie».

Según Bernard Shaw, el hecho de que los médicos reciban dinero por las enfermedades de sus clientes y no por la salud que puedan proporcionar a estos mismos, es el principal culpable de los yerros y deficiencias de esta profesión.

Sólo hay un punto en el que Shaw se muestra francamente enemigo de los médicos, un punto en que es imposible dejar de estar con él, y es en lo que toca a la vivisección. Y así dice: «No conozco a ninguna persona reflexiva y bien informada que no esté persuadida de que la tragedia de la enfermedad hoy día nos entrega sin defensa a las manos de una profesión de la que desconfiamos profundamente, porque no solamente desfiende y ejerce las más atroces crueldades en la consecución de conocimientos y las justifica con fundamentos que lo mismo justificarían el que practicáramos en nosotros mismos o nuestros hijos, o destruyendo a Londres por un incendio para ensayar un extintor patentado».

Y siempre a propósito de los médicos, Bernard Shaw nos dice una cosa muy sencilla en la que no queríamos pensar, por el instintivo afán de resguardar nuestras esperanzas, y es la si-

guiente: «Hay otra dificultad para fiarse en el honor y la conciencia de un médico. Los médicos son exactamente como los demás hombres: la mayor parte no tiene ni honor ni conciencia...»

Por lo mismo, Bernard Shaw no exige de los médicos nada, y los defiende con todo género de razonamientos de peso en lo que respecta a los errores de su profesión. Cuando un médico es acusado por inhabilidad profesional, Bernard Shaw se indigna. Dice: «Se ha infundido al abogado, al juez y al jurado, la idea de creer que todo médico puede, con una mirada a la lengua del paciente, un toque al pulso y otra mirada al termómetro, diagnosticar con absoluta seguridad el estado patológico de dicho paciente, así como disecando un cadáver puede poner, sin equivocarse, el dedo en la causa de la muerte. Pero toda esa supuesta infalibilidad es imaginaria y tratar a un médico como si sus equivocaciones fuesen necesariamente maliciosas e interesadas (deducción inevitable de la premisa de que el médico siendo omnisciente, no puede equivocarse) sería tan injusto como vilipendiar al boticario más próximo por no estar surtido para poder suministrarnos por seis peniques, de un frasco de elixir de larga vida, o al dueño del garage vecino, por no vender el movimiento continuo en bidones de a litro».

Una de las cosas que le llaman la atención a Bernard Shaw, y a cualquier lector, una vez que Bernard Shaw se las ha hecho ver, es la circunstancia de que mantenga la fe en los médicos, a pesar de la absoluta falta de exactitud en su ciencia, hecho comprobado por la eterna discrepancia de los médicos entre sí respecto a cualquier género de enfermedades, y así dice: «pues hay quien prescribe seis o siete venenos de la farmacopea para una fiebre tan vulgar como es la producida por una enteritis, mientras otro no tolera medicamento alguno; uno pone a dieta rigurosa al paciente, otro le sobrealimenta; uno considera urgente la operación que otro califica de innecesaria y peligrosa; uno recomienda alcohol y carne y otro prohíbe terminantemente ambas cosas. Todas estas discrepancias no se producen entre buenos y malos médicos como podría creerse, sino

entre facultativos de idéntica capacidad y renombre... Hasta el hecho de que los mismos médicos mueren de las mismísimas enfermedades cuya curación es su especialidad, pasa sin ser notado. Nos guardamos de decir con sorna: salvan a otros y no pueden salvarse a sí mismos. No. Su reputación queda incólume, cimentada como el palacio de un rey africano sobre un montón de cadáveres, y el resultado es que el fallo es contrario al reo demandado cuando éste es un médico acusado de haber contribuído con malas intenciones a la muerte de alguien. Afortunadamente para los médicos, se encuentran muy pocas veces en tal situación, porque es muy difícil probar algo contra ellos. La única prueba que puede decidir en una causa por homicidio médico, es la de los peritos, es decir, el informe de otros médicos, y no hay médico que no deje a un compañero diezmar a toda una región, antes que violar los lazos de la profesión informando contra él.

A pesar de que Bernard Shaw cree a pie juntillas en la fraternidad profesional de los médicos, hay un punto en el que reconoce un desacuerdo absoluto y es el que respecta a la cuestión de los precios. Observa a este respecto que «el que lleva dos guineas por consulta, o sea dos libras esterlinas y cuatro chelines, nunca cree que acierta el que sólo cobra cinco chelines, pues si lo creyese, se le podría reprochar que lleva de más una libra y diecisiete chelines. Así pues hasta el lego en la materia tiene que enterarse de que la infalibilidad no es completa, puesto que se paga a precios diferentes, y con los precios varía la calidad».

A pesar de todas estas observaciones, en el magnífico libro de Bernard Shaw, no se advierte, como repetimos anteriormente mala voluntad alguna hacia los médicos. A lo sumo se le puede tachar de incredulidad, y lo peor del caso, de incredulidad contagiosa. Probablemente, el propio Shaw cree más en los médicos que lo que se deduce del prefacio y de la comedia a que ahora nos referimos, y no sería del todo extraño que, mientras cualquier lector sugestionable, una vez leído este libro, renuncie

a consultar a los médicos para el resto de sus días, Bernard Shaw no deje de llamar al suyo a la menor indisposición.

Sin embargo, hay otro punto aparte del que toca la vivisección, en que el recién agraciado por el premio Nobel, se demuestra absolutamente irreductible, para cuya lucha no deja de poner en juego todas las razones que sugiere su observación y su inteligencia: la inoculación.

Su comedia sugiere el caso de un joven enfermo de tuberculosis a quien se pretende salvar por medio de la tuberculina de Koch. Esto ocurre en un centro de eminentes médicos ingleses. Sin embargo, el enfermo que posiblemente tenía vida para un año, muere en quince días. No porque la tuberculina de Koch sea más que ineficaz, una arma terrible, sino porque fué aplicada en un mal momento. Leamos lo que a este propósito dice Bernard Shaw: «Los descubrimientos de Sir Almroth Wright han demostrado que los sorprendentes resultados que hicieron en 1894 desistir de aplicar la tuberculina de Koch, no fueron accidentales, sino fenómenos perfectamente normales e inevitables causados por la infección de vacunas peligrosamente fuertes en un momento impropio y que aumentaron la dolencia en vez de estimular la resistencia del enfermo. Para acertar el momento propio, son necesarios un laboratorio y un cuerpo de técnicos inteligentes. El médico práctico corriente, no teniendo la experiencia necesaria ni disponiendo de un laboratorio, siempre se fía al azar, y si el resultado es desgraciado, dice que no es debido a la inoculación, sino a alguna otra causa, invocándose con frecuencia, sin mucho tacto, el alcoholismo o la vida disoluta del enfermo...» Y luego: «no hay la más mínima probabilidad de que el lado económico del asunto se modifique. Nunca se les ha advertido de que la práctica de cualquier método de extirpar una enfermedad no depende solamente de su eficacia. Sino también de su coste. Por ejemplo, precisamente en estos momentos, el mundo se vuelve loco con las maravillas del radio que excitan nuestra credulidad como los milagros de Lourdes excitan la de los católico-romanos. Supongamos que fuese un hecho el que todo niño en el mundo pudiese ser absoluta-

mente inmunizado contra todas las enfermedades durante toda su vida tomando media onza de radio por cada cuartilla de leche. El mundo no por eso ganaría en salud, porque ni aun un príncipe heredero, ni aun el hijo de un rey de la carne de Chicago, podría sostener los gastos del tratamiento. No obstante, es dudoso el si los médicos por tal razón se abstendrían de recetarlo».

No se limita sólo Bernard Shaw a indicar una por una las graves fallas existentes en la profesión médica, sino que no trepida en hacer las indicaciones que, según su manera de pensar, vendrían a subsanar, si no todos, gran parte de los susodichos errores. Un médico de los médicos, el sistema que considera más eficaz contra tan grandes daños, es el de convertir al médico privado en el médico público:

«Ya tenemos con el delegado médico de Sanidad, una clase de médico que está libre de las peores penalidades, y por lo tanto de los peores vicios del médico práctico particular. Su situación depende, no del número de personas que están enfermas, sino del número de personas que están buenas. Se le aprecia, como debiera ser para todos los médicos y tratamientos, por las estadísticas vitales de su distrito. Cuando la cifra de las defunciones sube, su crédito baja. Como todo aumento de sueldo depende del resultado de un debate público sobre el estado sanitario del territorio a su cargo, tienen interés en que la mortalidad se reduzca al minimum posible. Tiene una posición segura, digna, responsable, independiente, basada enteramente sobre la salud pública, mientras que el médico corriente, tiene una posición precaria, irresponsable, servil, basada enteramente en la prevalencia de las enfermedades».

Esto se parecería al sistema chino, que según he oído decir, consiste en que cada familia pague un tanto al médico al mes o al año, cantidad que se deja de pagar inmediatamente por la familia cuyos miembros, uno o varios, caen enfermos.

MARÍA MONVEL.

La orientación profesional

SUS PROBLEMAS Y SUS MÉTODOS

Por el Dr. Claparède.

VAMOS a situar la *Orientación Profesional* en el conjunto de disciplinas que tienen por objeto el estudio científico del trabajo y de sus condiciones; es decir, en el conjunto de la psicología aplicada al comercio, a la industria y, de un modo general, a las profesiones.

El problema de la Orientación Profesional nació de la necesidad de adaptar el trabajo al trabajador, y vice-versa.

Desde antiguo, los individuos poco eficientes eran excluidos por instinto de sus funciones. Pero nada se había hecho hasta hace poco por determinar cuál era el trabajo apropiado a cada individuo. Fué el filántropo Parson quien, interesándose a principios del siglo XX por los muchachos vagabundos de New York, se dedicó a descubrir la situación que mejor convenía a cada uno de ellos, interrogándolos, de un modo sistemático, respecto de sus gustos, aptitudes, lecturas, etc.

En cuanto a la escuela, los educadores no habían pensado en preocuparse de la profesión que más tarde abrazarían sus alumnos. Educar era para ellos formar las cualidades generales e inculcar los conocimientos elementales que están sobre todas las especialidades.

Hoy se combate cada vez más esta manera de educar. «La escuela no está hecha para la escuela, dice M. Buisson. Debe preparar hombres para la sociedad de mañana. Abandonar

« bruscamente a sus jóvenes alumnos es una cruel irrisión, puesto
 « que los arroja desarmados en plena batalla. Es desperdiciarlo
 « todo de un modo insensato. ¡Qué locura hacer tanto por el
 « escolar y no preocuparse del aprendiz...!»

De esta nueva tendencia nace, pues, la necesidad de que el Maestro aprenda a descubrir las muestras de talento en germen, a despertar en el niño el propio conocimiento de sus capacidades especiales, imponiéndose el deber de ejercitarlas para su porvenir.

Tampoco la psicología aplicada, ni la psicología experimental han permanecido indiferentes ante el problema de las aptitudes. Esta última, sobre todo, se ha esforzado mediante la elaboración de pruebas especiales llamadas *Tests mentales*, por determinar, analizar las diversas particularidades psicológicas del individuo, buscando lo que le distingue, lo que le diferencia de los demás (psicología individual).

Finalmente, la guerra última ha venido a acelerar este movimiento relativo al problema de las aptitudes.

Orientación y Selección:—Vamos a distinguir claramente entre estos dos problemas.

El primero se refiere a la elección de un individuo para una profesión.

El problema de la orientación se refiere a la elección de una profesión para un individuo.

Inoficioso sería entrar a detallar la importancia del último de estos problemas, ya que al emprender la tarea de dirigir a un adolescente, a un adulto sin trabajo o a un mutilado hacia la profesión que le ofrezca más probabilidades de éxito, no sólo va a conseguirse la felicidad de ese individuo, sino también el beneficio de los intereses de la colectividad.

El gran problema de la Orientación Profesional será, pues, el de determinar las aptitudes de un candidato.

Pero, de antemano, habrá que conocer cuáles son las aptitudes requeridas para las diversas profesiones, cuáles son sus exigencias, peligros, influencia sobre la salud, duración del aprendizaje, salario, etc.

Se puede llegar a obtener este conocimiento, o sea, al análisis psicofisiológico de las profesiones:

- 1.º Por medio de las encuestas, conversaciones, cuestionarios, etc.
- 2.º Por la observación simple, y
- 3.º Por medio de la experimentación, o sea, de la determinación precisa de los factores que entran en juego en el fenómeno que se estudia.

Ya analizadas en esta forma las profesiones, abría que entrar a clasificarlas.

Psicológicamente, podría clasificárselas (Piorkowski) en profesiones calificadas y no calificadas, según su ejercicio exija o no aptitudes especiales.

Las profesiones calificadas se subdividen en *especializadas* [ponen en acción ciertas formas de la atención y ciertas reacciones, siempre las mismas, (obreros de las fábricas, mineros, etc.)]; *profesiones medias* (exigen ya cierta suma de inteligencia y cierta combinación de aptitudes psíquicas: tipógrafos, telefonistas, dactilógrafos, profesores de gimnasia, música y lenguas), y las *profesiones superiores* (exigen, ante todo, inteligencia creadora: ingenieros, arquitectos, médicos, etc.)

Una vez establecidas y convenientemente clasificadas las cualidades requeridas para las diversas profesiones, volvamos al problema que habíamos dejado pendiente, es decir, a determinar, a descubrir las diversas aptitudes de un individuo.

Podemos servirnos para ello de los mismos métodos que usamos para el análisis de las profesiones: 1.º interrogatorio (del sujeto y del medio que lo rodea); 2.º observación; y 3.º la experimentación.

Sin desconocer, por cierto, la dificultad de conocerse a sí mismo, se pueden pedir al sujeto informaciones respecto de sus condiciones familiares, salud, fisiología, hábitos, juegos, conocimientos, ambiciones, cualidades intelectuales y morales, vicios, defectos e inaptitudes. Naturalmente, no siempre los gustos corresponden a las aptitudes, y, tratándose de adolescentes, ir contra sus inclinaciones es a menudo deprimirles o quitarles la alegría del trabajo.

También hay que distinguir sus gustos, sus aspiraciones profundas, su verdadera inclinación, de la ambición superficial que puede resultar de alguna sugestión del medio o de la lectura.

Este interrogatorio del sujeto se complementará con el del medio que lo rodea. A este respecto, hay que reconocer que la Escuela tal como está hoy, se halla mal colocada para informar respecto de las aptitudes de sus alumnos, utilizables profesionalmente. Es demasiado libresca, demasiado verbal, no es lo bastante activa y está demasiado alejada de la vida. Pero una vez que haya alcanzado a colocarse dentro del margen que las nuevas orientaciones le prescriben, tal como es ya en algunos establecimientos innovadores, la escuela estará mejor situada que nadie para juzgar de las aptitudes, para explorarlas y aún estimularlas.

En la apreciación del individuo por simple observación, puede incurrirse en errores; sin embargo, es el solo medio de conocer lo relativo a su carácter, a su aspecto y a su temperamento.

Método de los tests.—Vamos a ocuparnos del método a cuyo perfeccionamiento tienden todos los esfuerzos, el método mediante el cual se puede, previo un rápido examen, diagnosticar las aptitudes motrices y mentales de un individuo.

Tomamos la palabra aptitud en el sentido de toda disposición para ejecutar un determinado acto o verificar cierto trabajo. La aptitud es todo carácter psíquico o físico considerado desde el punto de vista del rendimiento. Hay, pues:

Aptitudes sensibles,
Aptitudes motrices,
Aptitudes intelectuales y
Aptitudes afectivas.

El problema que se presenta es el de establecer *tests* capaces de evidenciar y medir estas aptitudes. El método de los *tests* tiene la ventaja de ser:

1.º *Objetivo*: sus resultados son independientes de la apreciación del sujeto o del experimentador;

2.º Determina directamente, en un tiempo relativamente corto, lo que es capaz de hacer el individuo;

3.º Permite tomar una *medida* de la capacidad psicológica estudiada;

4.º Permite, si las necesidades se basan en una unidad común, establecer comparaciones entre los resultados obtenidos por investigadores distintos.

Veamos ahora las diversas categorías de *tests*.

Tests profesionales y tests psicológicos.—a) Los tests profesionales son pruebas elaboradas tomando como punto de partida la estructura o el mecanismo de la profesión, mientras que los psicológicos tienen su punto de partida en la estructura o mecanismo del espíritu.

La mayoría de los *tests* profesionales tienen por objeto reproducir más o menos exactamente las mismas operaciones que integran la profesión, ya sea reproduciendo en toda su compleja realidad y usando las mismas técnicas, el acto tal como debe ser ejecutado en la futura profesión (*tests* sintéticos-brutos y *tests* sintéticos-análogos), o ya sea descomponiendo la profesión en sus operaciones elementales (*tests* analíticos).

Así, al estudiar el problema de las telefonistas, se ha descubierto que necesitan: memoria de cifras, memoria de nombres, atención y rapidez de movimiento, etc.

No olvidemos que antes de servirse de un *tests* es necesario estar seguro de que éste se dirige hacia esta aptitud, que la solicita, que la moviliza; y, para adquirir esa certeza, debe ponerse a prueba para descubrir su exacta significación, testar los *tests*.

b) Los *tests* psicológicos son pruebas destinadas a medir las capacidades psicológicas simples (agudeza auditiva, etc.) o más o menos complejas (aptitud para el cálculo, el dibujo, etc.)

Desde el punto de vista de la orientación profesional, se pueden subdividir en

Tests de inteligencia general } *Tests* de inteligencia global,
 } *Tests* de inteligencia integral general.

Tests de aptitudes especiales } *Tests* de conocimientos,
 } *Tests* de aptitudes naturales.

Los *tests* de inteligencia general son los destinados a apreciar el *grado* de inteligencia. Si se trata, por ejemplo, de un niño, se nos dirá si está retrasado o adelantado y de cuántos años, o bien, cuál es el grado de desarrollo de su inteligencia.

Los *tests* de aptitudes tienden, por el contrario, a determinar qué clase de inteligencia es la que posee el sujeto (si es o no artista, si tiene o no capacidad para las matemáticas, si posee memoria, etc.)

a) La inteligencia general se determina, a partir de los trabajos de Binet y Simon, haciendo ejecutar al sujeto pruebas que no son de inteligencia pura, como por ejemplo: ordenar pesos, copiar dibujos, etc.

Al calcular el promedio de los resultados obtenidos mediante estas diversas pruebas, se determina una cifra que expresa la inteligencia general del sujeto. Esto nos prueba que en toda operación mental interviene un poco la inteligencia.

Pero no sólo basta reconocer el grado de inteligencia general; hay que determinar también la *calidad* de esta inteligencia general, pues problemas idénticos en su estructura lógica, son resueltos de distinto modo por individuos diferentes, según la naturaleza del objeto del problema.

Así, una persona tendrá más aptitud para los problemas abstractos, otra para los concretos, unos para las matemáticas y otros para los problemas literarios.

b) Según que las aptitudes sean naturales o adquiridas, tenemos dos clases de *tests* de aptitudes: 1.º, *Tests* de conocimientos; 2.º, *Tests* de aptitudes naturales.

1. Los *tests* de conocimientos pueden referirse a los conocimientos adquiridos espontáneamente por el contacto con el medio ambiente, o a los conocimientos adquiridos en la escuela.

2. Los *tests* de aptitudes naturales determinan las aptitudes psicológicas y las capacidades propias del individuo. (El llamar *naturales* a estas aptitudes no quiere decir que dependen únicamente de la herencia y que no sean en nada consecuencia de la educación, porque un individuo es a la vez función de la herencia y del medio).

En cuanto a la determinación del carácter, a la *medición de la personalidad* en conjunto, se han confeccionado en estos últimos años pruebas o *tests* que todavía son considerados solamente como ensayos.

Sobre la manera de hacer los tests: Es ésta una tarea sumamente complicada. Veamos sólo algunos trazos generales.

En primer lugar, es necesario que el individuo sometido a la prueba la ejecute con buena voluntad y se encuentre en un estado «normal», en cuanto sea posible.

Ejecutada la prueba, es decir, hecho el *tests*, hay que proceder a diagnosticar el grado de aptitud de ese individuo, pero en relación con los demás individuos. Por ejemplo: se quiere examinar la memoria de un adolescente. Se le somete a la prueba de repetir las 15 palabras que acaba de oír. El niño repite 9.

Este dato no tendría valor si no se supiera la cantidad media de palabras que son capaces de retener los demás muchachos de su edad, es decir, si está sobre o debajo del promedio.

Esta clasificación se hace generalmente entre cien individuos. A cada una de esas cien divisiones se da el nombre de *percentil*. Por consiguiente, para diagnosticar un aptitud, hay que buscar el *percentil* correspondiente al resultado obtenido por el *tests*.

Ejemplo:

<u>Percentiles</u>		<u>Palabras repetidas</u>
100,.....	13
90,.....	10
80	9
70	8
60	7
50	7
40	6
30,....	6
20	5
10,.....	4
1,.....	2

En el caso de la prueba de memoria del niño que repitió 9 palabras, vemos que el grado de su aptitud para la retención inmediata de palabras corresponde a la cifra 80.

También pueden compararse entre sí dos aptitudes de un mismo individuo para ver cuál es la predominante.

Por ejemplo, un niño que en el *test* de rapidez de escritura hace 120 letras por minuto y su rapidez en el cálculo es de 4 adiciones por minuto, encontraremos para estos valores los siguientes percentiles:

Memoria de palabras.....,.....	80
Rapidez de escritura.....	75
Adiciones.....	20

Lo que quiere decir que su aptitud dominante es la memoria, mientras que en el cálculo queda por debajo del promedio.

Estas tablas de percentilaje tienen por objeto dar a los términos muy bueno, bueno, insuficiente, etc., valores exactos que permitan la comparación de psicogramas de una a otra oficina, de uno a otro país.

Respecto al delicado problema de la *educabilidad*, los experimentos que se han llevado a cabo demuestran que aquellos cuya

aptitud inicial es más débil, son los que aprovechan más del ejercicio. Naturalmente, esta regla tiene numerosas excepciones. En general, la memoria bruta, la sensibilidad, son muy poco o nada educables; mientras que las funciones de coordinación, motriz, lo son en alto grado.

Es, pues, de interés común, de interés social, que cada hombre ocupe el sitio que le corresponde. Igualmente es conveniente y cada vez está más dentro del espíritu de las democracias, que las diversas funciones sociales sean confiadas a los individuos teniéndose en cuenta sus méritos y no en virtud de cualquier privilegio.

Únicamente una orientación profesional sólidamente elaborada puede acercarnos a este ideal.

JUSTINA OLATE

Alumna del Curso de Francés de la
Escuela de Pedagogía de Concepción.

A propósito de «Bizarrias de Antaño»

UNA CARTA DE RODRÍGUEZ MENDOZA

HEMOS venido publicando, desde varios números atrás, los recuerdos literarios que el reputado poeta, profesor y hombre de letras Antonio Bórquez Solar ha reunido bajo el título común de *Bizarrias de Antaño*.

Hoy nos es grato reproducir una interesante carta de nuestro Ministro en España, el conocido literato Emilio Rodríguez Mendoza, en que se hace alusión a ciertos pasajes de las páginas de Bórquez que tocan acontecimientos de las empresas de ambos hombres en la vida literaria chilena de hace años.

«Madrid, 15 de Julio de 1926.

Sr. Don

Antonio Bórquez Solar,

Santiago.

Mi querido Bórquez:

Con diez años menos, tal vez habría contestado airadamente la pintura que de mi mansedumbre hace Ud. en la interesante ATENEA. Pero, como, en vez de ser diez años menos, son diez y pico más—¡ya estamos maduros, querido Bórquez!—muy lejos de enfadarme, le agradezco sus recuerdos en son de zurra: vienen de Ud. y, además, a nuestra edad,—la propecta que *llaman*,—uno agradece que le arrimen la palmeta en las asentaderas, porque sólo así puede hacerse la ilusión precaria de que todavía le queda algo de niño...

¡No estaré tan viejo, cuando todavía me zurren!—he pensado. Y ahora, permítame una brevísima acotación.

Mis *Gotas de Absintio* son de fines de 1894. Usted vino un poco después, si no me equivoco. Sí, un poco después y en el preciso momento, querido poeta, en que a mí empezaba a reventarme aquello de las sonatinas, los clavicordios, las princesas de juguetería, de confitería o de casino; los grises mayores o menores de Rubén,—mi gran prologuista, en quien, por lo demás, sigo reconociendo, grata y fácilmente, una deliciosa caja de música en que los mejores discos son los más sinceramente saturados de humanidad y de dolor.

Ni más ni menos.

Por otra parte, la divergencia estética con usted no me impidió atravesar más de una vez la calle del Estado para abrazarlo,—a pesar, conste, de lo poco aficionado que he sido a abrazar a entidades de mi mismo sexo,—por alguna de sus composiciones: recuerdo, entre otras, una a los caídos a bala en una huelga porteña: los cuerpos, tirados al azar, pasan estremeciéndose, con los brazos, las piernas o las cabezas fuera del furgón embarrado y mal oliente que los lleva a la fosa común.

Hora, si mis pésimos recuerdos no me engañan, la oración, cuando las campanas hablan entre ellas. Tiempo nublado y frío.

Eso es de una sobriedad mortuoria y un dramatismo ruso. ¡Ya ve! No lo he olvidado.

Tampoco he olvidado la fidelidad, valerosa e impávida, de usted a una escuela que odié por falsa y pintarrajeada y a la cual deploré que entregara usted su talento indiscutible y su tesón imperturbable.

Pero todo esto está muy lejos en la perspectiva ondulada de los años, y la verdad es que lo que se combatió *laque en mano* a los veinte años, nos conmueve hoy melancólicamente al resurgir medio borrado entre tanto recuerdo. Tanto, querido Bórquez, que me duele y me amarga no contarlos todos de una vez.

Conste, pues, que a pesar de no haberme amansado del todo,—genio y figura...,—nunca tomé ni tomaría la pluma para herirlo. ¡Por qué!

No. Dios me libre.

Usted me ha hecho volver a la calle de Santa Rosa; a las casas de pensión; a los artículos literarios a cinco pesos,— ¡tiempos felices!—a los versos dominicales; a las corbatas estilo capa de torero de Cabrera Guerra; a los teatruchos por tandas; a las noches en que se caminaba cantando en coro, del brazo y con el cuello subido, bajo el paraguas... En medio del paisaje característico del Santiago de entonces y en el cual aun habrían podido encontrar luz y brasero de cobre coquimbano los personajes de Blest Gana, cruzan la perspectiva del misterio sombras con las cuales hice, alegre y altanero como un cadete de Cyrano, una parte de la jornada, la que, moldeando el carácter, ha dejado huellas emocionadas e indelebles.

¡Hombre, si ya somos sobrevivientes! ¡Como si fuera ayer!... ¡Ah!...

Le agradezco, pues, que me haya recordado. Lo ha hecho con franqueza y lealtad, y no sería justo no decirle que ahora, veinte años después de haberla escrito con tinta de *La Ley* ratifico complacido aquella dedicatoria estampada en la página liminar de *Ultima Esperanza*; lo que quiere decir que sigo viendo en usted una de nuestras figuras literarias más interesantes y respetables.

Su amigo q. e. s. m.

E. RODRÍGUEZ MENDOZA.

VISTOS DESDE AFUERA

Pedro Sotillo, el conocido crítico de «El Universal» de Caracas, ha dedicado una de sus crónicas al poeta chileno Carlos Préndez Saldías, que reproducimos a continuación.

YA el nombre de Préndez Saldías nos era conocido y habíamos tenido ocasión de leer algunos de sus bellos y sutiles poemas. Se trata de uno de los representantes más caracterizados de la juventud literaria de Chile que para estos días cuenta con altos valores en todos los géneros, y hace imposible que a las condiciones intelectuales de ese pueblo se les aplique la ruda medida que a ellos mismos les expresara aquel, a pesar de todo ancho y leal, Domingo Faustino Sarmiento.

Préndez Saldías es un joven poeta en el verdadero, en el único sentido de la expresión: es un poeta de su tiempo, que hace unos versos que van a hablar a la sensibilidad de hoy, en una forma elevada y pura, libre de turbios alambicamientos y de amaneramientos y rarismos, hoy por fortuna de capa caída en cualquier concepto digno, ya de arte o ya de vida.

La cualidad esencial de este poeta es su íntima delicadeza, es el aroma sagrado que se desprende de su poesía, el encanto saludable y conmovedor con que nos penetra corazón adentro. A ratos nos desconcierta, nos empuja con vivacidad atolondrada hacia planos de vida desconocidos, atrayentes y atemorizantes a la par; pero ello no se traduce sino en un humano, en un—digámoslo—equilibrado desconcierto, algo así como un generoso y simpático impulso ascendente, que nos inquieta y nos pone

como livianos, sin, en ningún caso, someternos a esas dolorosas postraciones en que nos deja cierta poesía semejante. Hay en Préndez Saldías una profunda raíz de misticismo soñador, de filosofía santamente melancólica, que hace de sus versos nobles expansiones, voces de un lenguaje íntimamente cordial.

Algunos de los poemas son de lirismo luminoso, envuelto en una piadosa claridad infantil, como en los versos en que nuestro Angel Miguel Queremel se olvida un poco de que él es un poeta torturante. Gabriela Mistral le dice que nos da trigo, el trigo milagroso, múltiple y evangélico, que es pan, que es oro y es luz. Lagos Lisboa lo sorprende concentrado en la pequeña noche que todos portamos con nosotros, y lo invita fraternalmente: «ambula por los hondos caminos de ti mismo»...; a Daniel de la Vega le preocupa la inquietud del poeta, y contagiado de ella le pregunta, nervioso: «¿Qué brújula de ardores orienta tus batallas?» He aquí, en rica multiplicidad de aspectos, denunciada la personalidad lírica de Préndez Saldías.

En «El alma en los cristales» el tema esencial es el amor. Casi todos son poemas derivados de la dulce y profunda emoción central que llena la vida del poeta. Aun los que parecen más alejados de tal relación, se encuentran envueltos en una como atmósfera de ternura, de efusión amorosa que desborda el vivir del poeta. Pero aquí el Amor es el mago bueno, el mago que hace el milagro esperado y que es fuerza y dignidad; así sería inútil buscar lamentaciones, gritos desgarrados, explosiones alambicadas de sentimientos hiperbolizados y, mucho menos, majaderías tenoriescas de jovencito coquetón que lía la seguridad de sus pantalones al comedimiento y discreción de los tirantes. Hay una estrella, una estrella que bastaría para inundar de hermosa luz la juventud de Préndez Saldías, una estrella que nadie ve, pero que él la apresó, que él la tiene «besando las aguas vivas de su cisterna».

«Amaneció Nevando» es un libro más completo, donde aparece en toda su fuerza y en todo su poder la personalidad de su autor. Aquí está la visión como más dilatada, aquí el poeta nos da nuevos tesoros que se ha ido encontrando en su propia

vida. Aquella vaga y generosa ternura que descubrimos en el libro anterior, ahora la volvemos a encontrar, pero transformada en un sentimiento más amplio, más elevado y fecundo. Es que el poeta, después de encontrarse a sí mismo, ha encontrado a la naturaleza y dice ahora palabras nuevas, preñadas de un sentido más trascendente. Ya aquella vaga ternura es un sentimiento poderoso que se desparrama por el mundo con una sosegada plenitud panteísta. Hay poemas que son únicamente naturaleza, que se presentan con esa sencillez comprendedora, que entusiasma y hasta alucina un poco. Tiene trozos en los cuales la religiosidad no podría encontrar pareja sino en la de Gabriela, su ilustre paisana, sin que apunte esto ninguna intención de ponerle como influenciado por la gran poetisa. Está en pleno sometimiento a la naturaleza; hasta cosas raras le llegan a pasar a nuestro entusiasta poeta; así, no está muy seguro de conocer la voz de los hombres de tanto como ha oído la voz del viento. ¡Cuidado!

En fin, «Amaneció Nevando» lo creo un bellissimo libro de poemas, con el cual Préndez Saldías conquista un puesto alto entre los actuales poetas hispano-americanos. Y es un libro prometedor, grandemente prometedor de nuevas y ricas cosechas, que ojalá se cumplan para orgullo de nuestras letras y bien de todos.

Juzgo yo que cuantos leamos «Amaneció Nevando» le debemos gratitud a su autor. Gracias, poeta, y que sus años transcurran bajo la protección de los amantes ojos de la mujer amada, los mismos claros ojos que Ud. besó cuando quiso hacerle una bella ofrenda a un muerto, a Manuel Magallanes Moure, su joven amigo que murió cantando!

Caracas, Mayo 15 de 1926.

NOTICIARIO

UN escritor francés que fué gran amigo de Proust, Gabriel Astruc, prepara la publicación de un libro destinado a recordar algunos aspectos íntimos de la vida del autor de «Por el camino de Swann». En este libro, que se titulará «Le long de ma vie», M. Astruc hace revivir una época muy brillante y contradictoria del espíritu francés y europeo en general. Los conocedores aseguran que se trata de una obra que gustará mucho.

—La última novedad en lo que se refiere a la crítica literaria la ofrece también Francia. La gran estación radiotelefónica que funciona en lo alto de la Torre Eiffel de París—cuenta con un buen cronista de letras, que hace reseñas críticas de los libros de actualidad. M. Paul Dermée es el encargado de esta crítica *sui-generis*, y una vez por semana analiza en un breve artículo hablado los libros más importantes.

—El conocido académico francés Henry Bordeaux, acaba de publicar en la librería de Plon dos volúmenes titulados «Voyageurs d'Orient», en los que reúne varios ensayos literarios y biográficos. En el segundo estudia particularmente a Lamartine, Michaud y Barrés, en cuanto viajeros de Oriente.

—La *Revue Franco-Belge* ha iniciado una encuesta sobre Verhaeren, a propósito de la conmemoración del décimo aniversario de la muerte del gran poeta belga. La encuesta fué planteada así: «¿Estima usted que los diez años transcurridos han sido favorables a la gloria de Verhaeren, o que ella, por lo contrario,

ha sufrido un eclipse? ¿Por qué? Las contestaciones no han sido todas muy favorables al gran lírico flamenco y a su obra poderosa.

—Las novedades literarias argentinas no son muy abundantes. La Cooperativa Editorial Buenos Aires anuncia un libro de que es autora doña Delfina Bunge de Gálvez: «Los malos tiempos de hoy»; otro del crítico Nicolás Coronado: «Nuevas críticas negativas»; una novela de Luis María Jordán: «La bambina», y una selección de la obra lírica de Ernesto Mario-Barreda.

—Paul Claudel, escritor y diplomático, actualmente representante de Francia en el Japón, prepara un libro sobre el país nipón.

—Eduardo de Ory prepara, por encargo de una Editorial Ibero-Africano-Americana, una colección de volúmenes antológicos distribuidos por países de habla castellana. Será curioso ver en qué forma ha salvado el autor los peligros de una empresa de esta índole para quien no tiene conocimiento directo de las literaturas afectadas ni hace un viaje previo de información por los países de este continente.

—La Editorial Nascimento de Santiago tiene en prensa actualmente un volumen de don Julio Vicuña Cifuentes, compuesto por algunos discursos académicos y de circunstancias pronunciados por el conocido poeta de «La cosecha de otoño». En la misma Editorial será publicado un libro de cuentos del joven escritor Manuel Rojas, colaborador asiduo de ATENEA. El libro se titula «Hombres del Sur» y lleva un prólogo de Raúl Silva Castro.

—El 3 de Octubre último se efectuó la peregrinación de Médan, ceremonia en que los admiradores de la obra de Emilio Zola conmemoran la muerte del escritor. El panegírico de Zola fué pronunciado por Charles Henri Hirsch. Hizo uso de la palabra

el poeta André Dumas y, a nombre de los jóvenes novelistas, habló también Marcel Berger.

—El Concejo Municipal de París ha acordado dar a unas cuantas calles nuevas de la capital francesa los siguientes nombres de escritores: Gérard de Nerval, Mallarmé, Jean Moréas, Albert Samain, Jules Lemaitre, y los de los músicos Debussy, Fauré y Reyer.

—No sólo James Joyce está prohibido en su patria. Ahora le toca el turno al interesantísimo escritor rumano Panait Istrati, cuya novela «Domnitza de Snagov», publicada en Francia, ha sido recogida de las librerías rumanas, por orden del Gobierno. Parece que por el tema de este libro, su publicación ha sido considerada por el Gobierno rumano como una alusión al actual estado de cosas del país balcánico.

—En Marzo de 1927 se celebrará el sexto centenario del encuentro de Petrarca y Laura. Para esta oportunidad se anuncian diversas ceremonias en Provenza y en Italia. Con este mismo motivo se ha fundado en Francia una Sociedad de amigos de Petrarca, dirigida por los escritores Pierre de Nolhac, Henri Cochin y Maurice Mignon.

—En una cuidadosa edición de la *Nouvelle revue française* ha aparecido una novela escrita por nuestra colaboradora la poetisa Marcelle Auclair, actualmente en Francia, donde ha contraído matrimonio con otro escritor, M. Jean Prévost. Esta novela, que se titula «Changer d'étoile», presenta episodios de la vida chilena.

OMEGA.

EX - LIBRIS

ANILLOS, por *Pablo Neruda y Tomás Lago*.—Edit. Nascimento. Santiago, 1926.

Dos jóvenes escritores de avanzada, Pablo Neruda y Tomás Lago, colaboran en la publicación de un libro interesantísimo. Muy conocido ya el primero por sus anteriores obras como un poeta de extraordinarias condiciones, su prestigio influye de reflejo sobre su compañero de este libro. Si la personalidad de Neruda demuestra en «Anillos» poseer una fuerza sobresaliente, la de Tomás Lago revela no menor vigor ni, acaso, menor capacidad artística.

«Anillos» es un libro de una belleza sorprendente, escrito según las nuevas maneras literarias, que adquieren un brillo inusitado en manos de tan certeros y honrados cultivadores. Trozos como «Soledad de los pueblos», de Neruda, y «El pescador arbitrario», de Lago, así como los retratos de cada uno de los autores hecho por su compañero, no podrán ser olvidados en nuestra literatura y marcan el comienzo de una nueva etapa en la evolución de nuestra sensibilidad artística.

SONRISAS DE PARÍS, por *Ventura García Calderón*. Edic. «Nuestra América». Buenos Aires, 1926.

Para ningún americano de alguna cultura puede ser desconocida la figura de Ventura García Calderón, escritor peruano que en compañía de su hermano Francisco representa en Europa lo mejor de la intelectualidad del nuevo mundo. Artistas de mérito,

pensadores cuando es necesario, historiadores si así lo exigen las necesidades de la propaganda, hombres de mundo y de salón en todo momento: los dos García Calderón hacen en Francia por su país, lo que no podrán hacer por el nuestro las más brillantes embajadas.

En este volumen reúne Ventura García Calderón un puñado de sus artículos escritos desde París para diversos periódicos americanos. Son sólo «sonrisas» de un mundo afebrado, novedoso, inquieto, amante del bullicio, del placer y del arte. Son lo que menos dura de tales ocupaciones. Pero son, también, lo que más agrada a toda clase de lectores.

MANZANA PROHIBIDA, por *Daniel de la Vega*.—Santiago, 1926.

En este breve volumen, destinado a la circulación amistosa, no a la venta, ha reunido el poeta Daniel de la Vega unas cuantas de las crónicas que publica día por día en «El Mercurio» y en «Las Últimas Noticias» de Santiago.

Los temas de estas divagaciones son mínimos: la propina, la letra de los médicos, la oratoria callejera, el invierno, una tienda. Pero de tan breve sustancia el cronista extrae la esencia de un arte sutil y refinado que a todos deleita y a todos entusiasma. No es obra vulgar de periodista, destinada a un inmediato olvido. Es obra de artista, destinada a que la recordemos siempre y a brindarnos el tesoro de una renovada emoción.

21 ENSAYOS, por *Emilio Suárez Calimano*. Edición de «*Nosotros*», Buenos Aires, 1926.

Suárez Calimano es uno de los cinco o seis prestigios de la crítica hispano-americana. Buena serie de años viene ya su labor marcando en hitos alumbradores cada obra literaria de significación que el continente produce; y siempre su comentario es nítido, sagaz, culto, sereno, generoso. Asume Suárez Calimano la actitud de la simpatía, porque sabe que en la actitud

hostil nada se nos da desde su entraña; y por esto sus juicios enaltecen a «Nosotros». Hoy, en la recopilación revisada de un haz de juicios, en esta refundición que toma el título—y el carácter—de *21 Ensayos*, vese la solidez de tal labor. Cuando el artículo periodístico pasa al libro, es cuando se aprecia su perennidad. Mucho diamante de hoja volandera, resulta opaco vidrio en el engaste del libro. Y este volumen de Suárez Calimano fulge en definitiva; se hace aporte estético por sus «apropósitos» que marginan cada estudio; se torna en documento de la época, en consultorpreciado de la biblioteca.

No es fácil hablar de prioridades de un ensayo respecto de otro; mucho menos en una simple nota bibliográfica. Baste la cita de las virtudes. Y entre éstas, no es para nosotros pequeña la de haber dado el crítico cinco lugares a escritores chilenos. Eduardo Barrios, Gabriela Mistral, Pedro Prado, María Monvel, Francisco Contreras aparecen en el libro estudiados, y, salvo el caso de Gabriela Mistral, con ese milagro de claridad que da—ya lo dijimos—la actitud simpática. Viéndole juzgar almas nuestras, que conocemos no sólo por la obra literaria sino por el trato personal, la discusión y el convivir, apreciamos mejor el poder de Suárez Calimano para ver, atisbar, desentrañar, disociar y reasociar, hasta construir su síntesis del juicio. A conciencia decimos, pues, luego, que realiza obra alumbradora.

El caso de Gabriela Mistral, en cambio, nos deja perplejos. Afortunadamente, el propio crítico—sin duda por su noble hábito de sinceridad—nos permite entender que leyó «Desolación» en actitud reaccionaria, reaccionaria contra la «crítica hablada que agiganta bolas de nieve». Se nos ocurre que, ese día, Suárez Calimano se despojó de la simpatía y vistió su sensibilidad con toga y birrete de tribunal. Hay, indudablemente, en todo hombre sensible, una aversión anticipada a las celebridades con que se nos hostiga antes de que los fundamentos hayan llegado a nosotros. ¿Cuántos libros odiamos sin conocerlos y hasta nos resistimos a leer, sin otra causa que la de ser voceados por cien mil majaderos?

Pero, si ésta es una disconformidad con nosotros, el resto del libro sólo nos pide inclinación de respeto y amplísimo aplauso.

21 *Ensayos* será obra de consulta para cuantos en adelante deseen luz sobre esos veintiún autores.

MÁS FUERTE QUE LA SANGRE, drama en tres actos por *Ana Neves*, con un juicio de Francisco Villaespesa. Santiago, 1926.

Precedido de una carta de Villaespesa, en la que el poeta estampa declaraciones que a simple vista parecen de hombre galante con la dama hermosa y fina, y que luego la lectura de la obra afirma como juicio honrado, nos llega otro libro de Ana Neves. No se trata esta vez de prosas líricas, ansias y ensueños de la mujer sensible y afinada; nos hallamos con un drama, con todo un drama recio y audaz, resuelto con garra masculina. Y así, la opinión de Villaespesa, de que no ha leído «ninguna obra de mujer, entre todos los pueblos de nuestra raza, tan bella y tan atrevida, tan sobriamente planeada, de diálogo tan natural y de un alcance psicológico tan profundo», cobra seriedad.

También nosotros habríamos dicho eso.

Pero queremos decir más. Este drama se destacaría entre las producciones masculinas de más nervio. Acaso en la técnica teatral, en la medida escénica y en ciertos recursos efectistas haya que aligerar, podar y suprimir. Ya lo verá la autora, cuando «Más fuerte que la sangre» vaya al teatro. El ensayo es, al cabo, la revisión última que el autor dramático hace a su obra, y la prueba tras la cual el libro toma su arquitectura definitiva. Recordamos el caso de Dicenta con su «Juan José»: en el ensayo fué suprimido todo un acto y algunas escenas se añadieron en otro para sustituirlo.

Por ahora, sin las exigencias de la representación—que sólo son impuestas por la paciencia del público—podemos aplaudir la obra, saludarla como libro hondo, bello y revelador de un alma de mujer valiente y libertada.

LA PAMPA Y SU PASION, por *Manuel Gálvez*. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires, 1926.

Esta novela de Manuel Gálvez viene a ensanchar más el campo que el autor ha abarcado en su labor de novelista argentino por autonomasia. El narrador psicólogo y, en cierto modo, sociólogo, que por turnos va a estudiar y recoger todos los ambientes de su país, estudia y recoge hoy uno que faltaba en su pauta y que dentro de su nación tiene sin duda importancia grande. Hemos asistido ya, en las novelas anteriores de Gálvez, a la vida de las maestras, de los escritores, de la familia dominada por la religión, de la mujer que rueda al vicio, del apóstol, del amor, de la baja prostitución, del idealismo. A este panorama argentino, faltaba la vida del turf y he aquí lo que se nos revela en «La Pampa y su Pasión»

Es la historia de los jockeys, los studs, los peones de caballeriza, los traficantes del turf, con sus amores, sus intrigas, su juego de intereses y su fervor del caballo. El tema está dominado por el maestro. Se experimenta, desde las primeras páginas, esa tranquilidad feliz de lector que se halla frente a un novelista que le dará su fruto sin esfuerzo, sin hacernos sufrir con sus incapacidades de solución o sus vacilaciones maltratantes. Se sabe que se marchará bien conducido y que, serena y seguramente, nos será expuesto el problema, se nos darán los aciertos plenos y los hallazgos, se nos llevará al conocimiento de un mundo y al placer de una obra de belleza.

Todas las cualidades de Gálvez vuelven a estar presentes en este libro. Acaso haya más prisa en la factura que en los anteriores; pero esto, que la crítica suele apuntar fustigando, se nos ocurre un signo del tiempo, algo correspondiente a una psicología muy actual, un procedimiento que muchos agradecerán. Lo espontáneo surge así. Y lo espontáneo es hoy apreciado y hasta buscado con ahinco. La «técnica» de la novela empieza a dibujar sonrisas.

En cambio, el vigor de los tipos impone el libro; y de todo

el conjunto nos queda huella de cosa vivida, bienestar de prosa llana, emoción humana y perdurable.

«La Pampa y su Pasión» es un sillar más en el plinto del gran novelista.

LOS CAMPESIÑOS.—INVIERNO, por *Ladislao Reymont*. Editorial Cervantes, Barcelona, 1926.

La obra de Ladislao Reymont ha entrado en el libro castellano con mucha y muy merecida fortuna. No ha de ser ajeno a ello el hecho de haberse coronado a este escritor polaco últimamente con el Premio Nobel. Pero el triunfo se debe, sin duda, al propio valer de la novela «Los Campesinos», cuya segunda parte, titulada «Invierno», concluimos ahora de leer.

En efecto, si la lectura de la primera parte, «Otoño», nos causó impresión de maestría, ante «Invierno» sentimos ese entusiasmo que suele traer a nuestros labios el adjetivo de genial.

Hay desde luego, en la obra, un equilibrio tan sabio entre la facultad de reanimar la naturaleza, la de hallar el sentido de las fuerzas espirituales y la de impulsar el todo con recio dramatismo, que se hace imposible olvidarlo.

Recordamos haber leído en «Les Nouvelles Littéraires» que esta obra es una verdadera epopeya campesina, un vasto fresco trazado por un maestro que ha sabido reunir con arte las tintas violentas y los colores de matices infinitamente dulces y pintorescos. Y todo esto nos parece verdad digna de repetirse.

«LAS ALMAS MUERTAS» (*Aventuras de Chichikov*), por *Nicolás Gogol*. Editorial Cervantes, Barcelona, 1926.

En cierto modo, esta obra es el Quijote ruso. Lo es por el papel que en Rusia se le ha dado y porque no hay libro que como él nos enseñe a conocer el alma de su pueblo. El tipo de Chichikov, el protagonista, es una creación ejemplar, y los otros personajes, dibujados con trazos admirables, son entraña rusa y, a la vez, entraña humana universal. Este libro, según

la crónica, fué el que inmortalizó al gran Gogol; de él partió su fama de padre del humorismo eslavo y, en cierta manera, padre o maestro de Dostoiewski, Chejov y aún de Tolstoi. Como colorista y retratista, Gogol sigue siendo también el precursor en la literatura rusa, tan llena de maestros.

Para buscarles parentescos en la literatura española, podríamos decir que «Las Almas Muertas» caen del lado de la literatura picaresca del siglo de oro. El estilo es vivaz, regocijado, poético y original. Hay en la obra detalles que convierten la cosa vulgar en elemento primordial del pasaje donde se halla. Por algo se ha dicho que Gogol es el Teniers de la literatura.

La traducción es de primer orden, como que fué encomendada al profesor de lenguas eslavas Slaby y al escritor castellano Vicente Díaz de Tejada.

GLOSARIO DE REVISTAS

Las enfermedades de la literatura

Ernesto Tisserand, conocido periodista y escritor francés, es el autor de la encuesta que, con el nombre de estas líneas, se ha propuesto en la revista *Les Marges* a los escritores franceses más conocidos.

Para Tisserand las enfermedades que actualmente aquejan a la literatura—y sus observaciones se refieren principal pero no exclusivamente a su patria—son las siguientes: 1.º los premios literarios; 2.º la publicidad; 3.º los cenáculos; 4.º el capitalismo de la pluma; 5.º la explotación comercial de los vicios o de los movimientos íntimos de conciencia.

Según Tisserand, los premios literarios ejercen una influencia nefanda en la literatura, y el excesivo desarrollo que han tenido después de la guerra acusa un grave mal. Respecto de la publicidad dice: «Un editor que no inscribe en su presupuesto tres veces tanto para la publicidad que para el pago

de derechos de autor, no cuenta: sus libros se olvidan». El capitalismo de la pluma es, para el autor de la encuesta, el culpable de que los profesionales de las letras, arrollados por la competencia que les hacen los que disponen del dinero necesario para ser simples «amateurs» y para anunciarse con exceso, tengan cada día menos expectativas en su profesión.

Finalmente, el autor anota la explotación que se hace de algunos vicios, como la inversión sexual, y los movimientos de conciencia, entre los cuales figuran las súbitas y bien anunciadas conversiones, para vigorizar el movimiento del mercado literario.

Ahora bien, estas observaciones de Tisserand han sido juzgadas con no mucha piedad por editores y escritores. Crès, uno de los primeros, defiende los premios literarios: «Esta clasificación—ha dicho—ha sido útil, y de una manera general, ha sido también justa. Salvo algunos errores, se podrá fácilmente disponer una biblio-

teca compuesta exclusivamente de estas obras escogidas. Ella daría de su tiempo una idea que se podría sostener».

Por su parte, Mauricio Genevoix dice que ha concurrido a muchos concursos y que nunca se ha sentido presionado por ninguna influencia extraña, ni en lo que se refiere a su trabajo, ni en lo que toca a sus actos. Pierre Loewel no responde directamente, sino que observa: «Es indudable, por ejemplo, que la obra de Proust debe su vulgarización al premio que la reveló al gran público».

Camille Jullian cuenta luego un emocionante caso que revela los benéficos efectos de los premios literarios para los escritores de pocos recursos, y el editor Simón Kra estima que los premios, cuando recaen en una obra de mérito, hacen que ésta se venda; si no tiene condiciones, a pesar del premio su circulación no es mucha.

Sobre la publicidad, punto que tiene tanto de común con el anterior, opinan contra el tono pesimista de Tisserand Alexandre Arnoux, André Billy, Paul Mathieux, etc. Los cenáculos interesan menos a los interrogados por Tisserand.

Un punto que merece contestaciones dignas de mención es el capitalismo de la pluma. Oigamos a Valéry Larbaud: «Podemos estar seguros de que Walt Whitman, si hubiera recibido una herencia, la habría

derrochado en propaganda para sus «Hojas de yerba». Samuel Butler ha gastado muchos centenares de libras para hacer imprimir sus manuscritos que no interesaban a ningún editor. ¿Podría reirme de ellos yo, cuando recuerdo que he pagado seiscientos francos por la edición de mi primer libro y que diez años después, mis libros no me habían producido (1918) sino cinco mil cuatrocientos francos (6,000-600)? ¿Cómo habría podido vivir de la pluma y cómo viviría de ella ahora, yo que trabajo lentamente y que produzco poco?».

Sobre el mismo asunto, León Frapié responde: «En las circunstancias actuales, no basta querer vivir exclusivamente de la producción literaria. La historia nos enseña que, en todo tiempo, los grandes artistas han aceptado hacer su arte y atender a un oficio que mantenga ese arte ajeno a compromisos nacidos de la necesidad».

Finalmente hallamos respuestas sobre el exhibicionismo, breves y por eso mismo interesantes. Fernand Divoire: «La literatura está casi toda entera hecha de ostentación y de impudor» Louis Payen: «No puedo negar al literato el derecho de estudiar todas las faltas humanas y hasta todos los vicios, si encuentra ejemplos de ellos en torno a él y los escudriña con verdadero talento».

Tema de muchos comenta-

rios podría ser esta amplia encuesta de Tisserand que hemos tenido que reducir extremadamente en gracia a la brevedad. Basten los fragmentos transcritos para dar idea de su importancia.—S.

Otro escritor francés que se convierte

Los escritores franceses—y a veces los italianos—cuentan con recursos *clásicos* para dar resonancia a sus vidas y a sus famas. Si no el más frecuente, al menos el más *clásico*, va resultando el de la conversión al catolicismo. Hoy lo elige también Jean Cocteau, acaso cierto de que no sólo la novedad trae hoy día lectores... o acaso porque, dentro del estrago en que vive actualmente el espíritu europeo, ser católico resulta ya una manera de ser nuevo.

He aquí cómo cuenta el caso Carlos Astrada:

Jean Cocteau se ha convertido al catolicismo. Previamente ha quitado a la palabra «conversión» el patetismo y la tragicidad evanescente de que la había henchido la experiencia extraordinaria de los grandes conversos.

Cocteau, escritor y artista refinado, ha afrontado el trance, mejor dicho, lo ha buscado sin aparatosa solemnidad, con sincera lucidez. Nada de las con-

sabidas visiones, ni de los infames deliquios místicos.

La necesidad de jerarquizar su experiencia, un tanto desperdigada, de ordenar su vida interior, agitada por extrañas turbulencias, de centrarla en una idea simple y tranquilizadora lo ha llevado a la religión.

Encontró en la Iglesia católica el pensamiento ordenador que le hacía falta, y llanamente, sin ambages, lo ha tomado a su servicio, como a un *valet de chambre* experto y reservado.

Para alcanzar el fin que se propuso marchó por el camino de la claridad, comenzó a «vivir desnudo» porque «la hipocresía, el secretillo que se acostumbra tomar por el misterio no son ni una bella sombra» («Letre a Jacques Maritain», pág. 12).

Antes Jean Cocteau tomaba opio. Una fuerza maligna, según él, se empeñaba en perderlo. Experimentaba «la angustia del corredor que distribuye mal sus fuerzas y queda en *panne* a mitad de la carrera» (L., pág. 24).

«Confíesate y comulga, me había aconsejado Max Jacob. — «¿Qué? le escribía yo a Saint Benoit, tú me aconsejas la hostia como un sello de aspirina», y él me respondió: «La hostia debe ser tomada como un sello de aspirina» (L., pág. 25).

Ádmirable y modernísima sabiduría la del poeta Max Ja-

cob, que, en la intención, exime al creyente—cuando éste se llama Cocteau—de pasar por inveterada antropofagia, transformando la hostia en simple y eficaz producto de farmacopea divina.

Jean Cocteau tomó el comprimido, y en su espíritu surgió la claridad del orden, logró la tranquilidad que buscaba. Vió que la aspirina era mejor que el opio. Éste adormece y mata, en tanto que aquélla quita los dolores de cabeza y sólo deprime mentalmente. Mas esta leve depresión se llama *salud*, salvación, porque de ella participa toda una colectividad y se traduce en un sistema de conceptos trascendentales, atóxicos, es decir, privados de la virulencia y fecundidad que caracteriza a estas hormonas cuando circulan libremente en el torrente espiritual.

El misterio, difuso en el mundo y los seres, lo punzaba a Cocteau, anarquizando su voluntad, sumiendo su espíritu—claridad bloqueada por sombras enemigas—en un caos. Había que ordenar esa anarquía, envasar convenientemente esas sombras, y el artista, haciendo trampolín de la sinceridad, saltó, al «clasicismo del misterio», comprimió todo el misterio en Dios, que pasó a ser, para el ideólogo, la x fácilmente despejable en la ecuación del pensamiento.

«No tengo que lamentarme

de esta búsqueda de una línea recta ya que ella me lleva a la línea de las líneas, a la melodía del silencio: la Santa Virgen, y al clasicismo del misterio: Dios. Se me dirá: «¿Y el misticismo? De acuerdo: la religión tiene de todo. Pero en ella este aspecto se asemeja demasiado peligrosamente a los diablos que quieren perderme» (L., página 48). Nada de vaguedades místicas, porque estas brumas pueden ser cortina de humo tras la cual avanza, oculto, el enemigo. Esta preferencia que muestra Cocteau por el elemento formal (molde rígido), por la seguridad del envase, aunque éste limite el contenido, denuncia a las claras la proclividad escolástica de su «conversión». Por algo ha hecho depositario de ésta a Jacques Maritain, que hoy tiene en Francia la exclusividad de la marca de fábrica.

En Cocteau, más que de conversión, se trata de participación en una ideología de contornos simples y abarcables.

«Me era necesario buscar una ruta en el aire. Esta cuerda tiesa me lleva al catolicismo, es decir, a mí mismo: es, pues, falso hablar de conversión. ¿De qué modo no chocaré a nadie? El aire de acrobata no se pierde en un día» (L., pág. 58). Sólo por un sincero afán de lujo acrobático ha podido el autor de «Le Potomak» llegar a la definición ca-

tólica. Sería sensible que este ágil acróbata de la cuerda sutil del arte perdiese su *manera*, su aire inconfundible. Por lo demás, como azarosos e inescrutables son los medios porque ha de conquistarse a Dios, no es difícil que unas zapatetas estéticas bien dadas, sin fin utilitario alguno, atraigan su favor.

El hombre Cocteau, bajo la acción de la aspirina escolástica, es un tranquilo «paisano del cielo». Se ha liberado de la innominada angustia y del aburrimiento de las cosas cotidianas que, a fuerza de repetirse idénticas, habían perdido su sentido.

¿Y el literato Cocteau? Está de cuerpo entero en la «Carta a Jacques Maritain». Goza de su descubrimiento «tan simple»: «el orden del misterio». (Como el niño, el artista—que es tal, porque entraña una niñez acendrada—necesita siempre y urgentemente improvisar un juguete

nuevo, que hasta puede ser «Dios» dentro de una linda cajita de cristal transparente).

Nos limitaríamos a admirar su fruición ante el hallazgo, si no nos sorprendiese con la consecuencia extrema que deriva de su «conversión», el postulado: «el arte para Dios». Asignar al arte semejante finalidad es desvirtuarlo. La obra artística tiene su órbita excluyente, no puede proponerse objetivos trascendentales sin traspasar los límites que su peculiar esencia le ha trazado. El arte, por lo menos el que hoy se está haciendo, es el clasicismo de la claridad intrascendente.

A pesar de su propósito, Cocteau no ha podido evadirse de la literatura. Fatalidad inherente a todo artista nato que ha encontrado su medio de expresión. De aquí que se haya «convertido» literariamente, con lo cual la conversión ha salido ganando.—B.

